

CULIACÁN, INTERPRETACIONES SOBRE LA VIOLENCIA Y MEMORIA



Center for U.S.-Mexican Studies



**MEXICO
VIOLENCE**
RESOURCE PROJECT

NORIA

ESPEJO
LAS COSAS COMO SON

Culiacán, Interpretaciones sobre la violencia y memoria

Dr. Michael Lettieri, Philip Johnson, Dr. Cecilia Farfán-Méndez, eds.

Foto de portada: Jesús Bustamante
Traducción: David Schmidt

Table of Contents

Nota de los Editores	i
Introducción	1
El narco espectáculo puede terminar	6
Posverdades del Jueves Negro en Culiacán	11
Los ecos y las secuelas	16
Los dos jueves negro	27
Los contextos del 17 de octubre	32
El 17 de octubre como evidencia de medida	37
La exposición de un secreto público	42
La herida que no cerró	44
Precedente, ruptura, y memoria	52
Autores	56



NOTA DE LOS EDITORES

El 17 de octubre, un enfrentamiento entre delincuentes altamente armados y fuerzas de seguridad del Estado mexicano arrojó un saldo de terror, caos y muerte en la ciudad de Culiacán, Sinaloa. Incluso antes de despejarse el humo, los observadores se apresuraron a ofrecer diagnósticos sobre cuál era el significado de los acontecimientos. Muchos anunciaron que el suceso representaba la derrota catastrófica del gobierno y un cambio trascendental en la dinámica de seguridad de la nación. Este proyecto comienza con el deseo de repensar aquellos análisis, aún cuando el recuerdo de aquel día ya ha comenzado a nublarse para muchos. A un año de los sucesos, los editores se proponen reconsiderar el significado del 17 de octubre, no solamente para el estado de Sinaloa, sino también para los discursos sobre la violencia a nivel nacional.

Con este fin, invitamos a varios colaboradores que representan una diversa gama de perspectivas. De manera consciente, optamos por destacar la voz de autores y analistas sinaloenses por encima del análisis realizado desde fuera. Nos interesa cuestionar las declaraciones iniciales que alegaron que el enfrentamiento —y la decisión posterior del gobierno de liberar a Ovidio Guzmán— representaban eventos que “establecieron un precedente”. Y quizás, de mayor trascendencia, esperamos también subrayar las perspectivas que nos muestran la forma en que los mismos habitantes de Culiacán experimentaron e interpretaron la violencia.

Como parte de dicho proyecto, optamos por omitir un término empleado con frecuencia, para referirse al 17 de octubre: *el culiacanazo*. Tras conversar con nuestros colaboradores en Sinaloa, nos quedó claro que la palabra tenía una connotación despectiva, además de su implicación errónea de que tales acontecimientos solamente pueden suceder en un lugar como Sinaloa. Igualmente, consideramos que dicho término distorsiona nuestra interpretación de los sucesos y, al combinarlos con un discurso global acerca de la violencia en aquella ciudad, nos impide hacer un análisis claro.

Los ensayos no pretenden ofrecer una visión consensuada sobre el significado y las secuelas del 17 de octubre. La importancia y valor de esta serie proviene precisamente de las visiones individuales y de los panoramas complicados e incluso opuestos que presentan cuando se leen en conjunto.

La serie comienza con un cronograma ilustrado que elaboró el equipo de la *Revista Espejo*, marcando los momentos clave del día. Una serie de ensayos analiza dichos acontecimientos y revela varias conclusiones importantes. En su prólogo a la presente antología, Philip Johnson nos demuestra cómo las tres tendencias de análisis que predominaron durante los primeros momentos después del suceso fallaron en ayudarnos a entender lo ocurrido además de ser imprecisas. Romain Le Cour argumenta que los análisis sobre los hechos de violencia en México están moldeados por el fenómeno del narco-espectáculo. Patricia Figueroa describe la forma en que la realidad de aquel día se transmitió —y se transformó— a través de las redes sociales, construyendo una “posverdad”.

Describiendo la experiencia del 17 de octubre, Alvaro Sandoval narra cómo el haber sobrevivido a la violencia ha afectado a residentes de Culiacán. Iliana Padilla demuestra cómo la violencia opera en aquella ciudad de acuerdo con una serie de códigos; sin embargo, en dos jueves distintos, las reglas cambiaron. Juan Carlos Ayala sugiere que para poder entender los sucesos, es necesario examinar la cultura que ha formado a aquellas personas que lucharon para liberar a Guzmán. Cecilia

Farfán argumenta que los eventos del 17 de octubre revelaron, de manera paradójica, el uso selectivo de la violencia por parte del grupo criminal. El fotoensayo de Hector Parra da cuenta de la forma en que los secretos que la ciudad pretendía ocultar salieron a la luz aquel 17 de octubre, de manera dolorosa.

Más allá del 17 de octubre, Josué David Piña y Marcos Vizcarra describen como el trauma de un día de la violencia continúa afectando la vida en la ciudad. La conclusión de Michael Lettieri examina el concepto del precedente y la memoria y analiza las razones por las cuales el significado tan complejo de hechos violentos nos exige un análisis matizado.

Michael Lettieri, Philip Johnson, Cecilia Farfán-Méndez
October 14, 2020
San Diego, California

ERA UNA TARDE TRANQUILA

INICIA TOMA DE LA CIUDAD A MANOS DE GRUPOS ARMADOS; CULICHIS SIGUEN EN INCERTIDUMBRE ANTE LAS PRIMERAS BALACERAS.



3:00 PM

SE EXTIENDE EL PÁNICO

COMIENZAN A CIRCULAR VIDEOS Y AUDIOS NARRANDO LA DETENCIÓN DE OVIDIO GUZMAN Y LA VIOLENCIA QUE VIENE.



3:20 PM

ZONA CERO

HECHOS SE CONCENTRAN EN LA ZONA DE TRES RÍOS COMO EL EPICENTRO DEL CONFLICTO.



3:30 PM

¡SECUESTRADOS!

SICARIOS TOMAN UNIDAD HABITACIONAL DE FAMILIARES DE MILITARES.



4:00 PM



CIUDAD TOMADA
DELINCUENTES CIERRAN LAS ENTRADAS
A CULIACAN, TOMAN CASETA DE
COSTA RICA.

4:30 PM



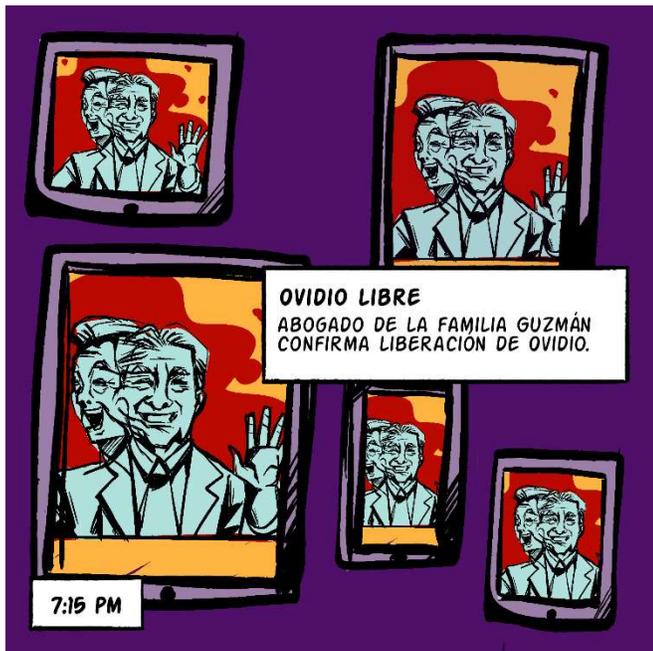
¡FUGA!
SE REGISTRA FUGA MASIVA DE REOS
DEL PENAL DE AGUARUTO, ASI COMO
DESPOJO Y QUEMA DE AUTOS.

4:15 PM



EL RESGUARDO
CULICHIS SE RESGUARDAN EN OFICINAS,
SUPERMERCADOS Y RESTAURANTES,
ALGUNOS INCLUSO PASAN AHI LA NOCHE.

5:00 -7:00 PM



OVIDIO LIBRE
ABOGADO DE LA FAMILIA GUZMÁN
CONFIRMA LIBERACION DE OVIDIO.

7:15 PM



ERA UNA TARDE TRANQUILA

INICIA TOMA DE LA CIUDAD A MANOS DE GRUPOS ARMADOS; CULICHIS SIGUEN EN INCERTIDUMBRE ANTE LAS PRIMERAS BALACERAS.



3:00 PM



INTRODUCCIÓN: RECONSIDERANDO EL FESTÍN INTERPRETATIVO

Philip Johnson

Hace un año, la ciudad de Culiacán –capital del Estado Mexicano de Sinaloa– presenció un enfrentamiento violento entre sicarios y agentes de seguridad. Los sucesos se publicaron en las portadas de los medios de comunicación, tanto nacionales como internacionales, a la vez que provocaron un frenesí de comentarios y análisis.

Para conmemorar el aniversario, esta colaboración entre el [Noria Research Mexico and Central America Program](#) (El Programa de Investigación Noria sobre México y Centroamérica), el [Mexico Violence Resource Project](#) (El Proyecto de Recursos sobre la Violencia en México) y la [Revista Espejo](#) vuelve a contemplar los hechos del 17 de octubre, para volver a examinar los acontecimientos y sus interpretaciones. En los análisis que se presentan a continuación, los investigadores, periodistas y

ciudadanos de Culiacán hacen una reflexión sobre lo sucedido en aquella ciudad, su por qué y sus secuelas.

¿Qué sucedió el 17 de octubre?

Durante las tempranas horas de la tarde del jueves 17 de octubre, las fuerzas de seguridad rodearon a una gran casa en la colonia de Tres Ríos, Culiacán. [Los agentes detuvieron a Ovidio Guzmán](#), uno de los hijos de Joaquín “El Chapo” Guzmán, un miembro del Cártel de Sinaloa de alto rango. Los sicarios del cártel respondieron de inmediato, tomaron las calles y libraron una serie de enfrentamientos contra las fuerzas de seguridad en Tres Ríos y otras zonas.

La respuesta del cártel frenó toda actividad en la ciudad. Los hombres armados iban en camionetas, [tomaron el control de puentes](#) y sitiaron las vialidades principales de la ciudad. Detuvieron camiones y autobuses por la fuerza, los vaciaron y les pusieron fuego en las encrucijadas de la ciudad, produciendo grandes columnas de humo. Las personas que se encontraban en restaurantes, supermercados y gasolineras se tiraron al suelo o corrieron para resguardarse, mientras que los sicarios y soldados se dispararon entre sí.

Guzmán permaneció detenido en un lugar desconocido mientras que la violencia empeoraba en toda la ciudad. Los reclusos de la Prisión Aguaruto de Culiacán subyugaron y desarmaron a los carceleros. [55 prisioneros se escaparon](#). Con los puntos estratégicos de la ciudad bajo el control de los sicarios, los refuerzos militares no pudieron entrar a la ciudad. Un convoy de sicarios se apoderó de una unidad residencial de las familias de los soldados y tomaron a algunos rehenes. Bajo la creciente presión, las fuerzas de seguridad liberaron a Ovidio Guzmán. Según el conteo oficial, unas 13 personas murieron durante la violencia.

En su momento había poca claridad con respecto a lo que sucedía en Culiacán. Las imágenes y videos se difundieron a través de las redes y corrieron los rumores. Surgieron versiones contradictorias sobre quién había sido detenido y por qué, además de quién había iniciado la violencia. [La secuencia y la explicación de los eventos](#) se esclarecieron unos días después.

En su conferencia de prensa de la mañana del 18 de octubre, el Presidente López Obrador declaró su apoyo a la decisión de liberar a Guzmán (posteriormente, [reconocería](#) que él mismo dio las órdenes de liberarlo). En una afirmación que se difundió ampliamente, declaró que [No puede valer más la captura de un delincuente que la vida de las personas comunes](#). Otros detalles surgieron después. La DEA [había](#)

[solicitado la extradición de Guzmán](#), y durante los días anteriores a su captura, los oficiales de seguridad de México y los EEUU viajaron por el Estado de Sinaloa. El operativo militar que detuvo a Guzmán era pequeño y, al parecer, poco preparado para la acción.

Interpretaciones del 17 de octubre

El alto drama que se desarrolló, de manera intensa, en las redes sociales aquel día provocó una gran cantidad de análisis durante los siguientes días y semanas. Muchos analistas de seguridad y comentaristas de política lo describieron como un acontecimiento excepcional, y comenzaron a augurar las consecuencias severas que seguramente vendrían. Las reacciones variaron entre el shock, indignación e incredulidad. Un observador comentó que [“Nadie podría imaginar un espectáculo tan malo de Netflix...”](#) ¿Esta combinación de capturar al hombre y luego liberarlo? Eso es nuevo”. Sin embargo, no todos estuvieron de acuerdo: ¿Qué tenía de excepcional el 17 de octubre, en concreto? ¿Cómo se verían las secuelas de aquel día? Entre tantos comentarios, destacaron tres interpretaciones principales.

La primera interpretación consiste en hacer una comparación entre los sucesos del 17 de octubre y una guerra o conflicto civil, con la advertencia de que la situación se podría intensificar hasta convertirse en un enfrentamiento más general entre la delincuencia organizada y el Estado. Esta interpretación se reforzó con el uso frecuente del lenguaje militar para describir el 17 de octubre como una [batalla](#) o un [asedio](#). Un análisis de la revista *Time* comparó la violencia en Culiacán con una “insurrección masiva” y un [panorama de Siria](#), mientras que otros escribieron que Culiacán [parecía una zona de guerra y se sintió como tal](#).

Según la segunda interpretación, se advirtió que las acciones del gobierno pusieron un ejemplo peligroso y serviría para animar a los delincuentes a emplear la violencia para ganarse más concesiones del Estado. Muchos comentaristas señalaron el carácter inédito de que el Presidente diera órdenes para liberar a un delincuente buscado. Algunos afirmaron que la liberación de Guzmán había establecido un precedente **nuevo**, y dijeron que [“los cárteles seguramente lo tomarán en cuenta”](#). Otros alegaron que el caso de Culiacán establecía un [patrón para otros grupos delictivos](#): “Si puede suceder en Sinaloa, podría suceder en media docena de otros lugares, y ahora los cárteles tienen su fórmula”.

La tercera interpretación percibió a la liberación de Guzmán como una rendición de la autoridad del Estado, la cual podría desanimar a la ciudadanía y debilitar la lucha contra la delincuencia organizada. Las noticias y análisis usan términos como

“capitulación” o “[rendición](#)” con frecuencia. La revista de noticias *Proceso* publicó en su portada una fotografía de vehículos en llamas, con la frase “[Ustedes mandan](#)”. En entrevista con el periódico *New York Times*, un analista hizo declaraciones similares: “El Presidente ha transmitido un mensaje muy duro a la ciudadanía de Culiacán: [Aquí manda el cártel](#)”. Otros escribieron que “López Obrador ha optado por abandonar el poder legítimo del Estado” y que “esto representa una [victoria para el Cártel de Snaloa](#), y una derrota para todos los demás”.

No todos los comentaristas criticaron la liberación de Guzmán, aunque prácticamente nadie defendió el carácter poco preparado del operativo para capturarlo. Algunos aplaudieron la decisión de [valorar la vida de los civiles y soldados por encima de la captura de otro delincuente](#).

¿Qué sucedió después del 17 de octubre?

Hasta la fecha, los acontecimientos del 17 de octubre se invocan con frecuencia en los análisis de la política de seguridad del gobierno de López Obrador. Más que un precedente, los comentaristas citan el caso como el mayor ejemplo de la futilidad de la postura de López Obrador hacia la delincuencia organizada de “abrazos y no balazos”. En lugar de inaugurar un nuevo paradigma de la violencia urbana, el acontecimiento se ha convertido en [un símbolo de la incapacidad de López Obrador de frenar los conocidos patrones de violencia](#).

Los niveles de violencia siguen aumentando durante la presidencia de López Obrador, tal y como sucedió durante los [dos sexenios anteriores](#). El 2020 se proyecta como [el año más violento que se ha registrado](#) en la historia de México, noticia que ha ocupado un lugar central en los medios de comunicación mexicanos. Si bien es cierto que la violencia incrementa a un paso menos acelerado, no ha dejado de incrementarse, con una cifra anticipada de 40 mil asesinatos para el año 2020. [Las fuerzas de seguridad no han dejado de arrestar a los jefes de organizaciones delictivas](#), a pesar del caso de Culiacán, y de manera contradictoria en cuanto a la retórica de López Obrador de reducir la intensidad de las políticas de seguridad).

A un año de los acontecimientos, parece haber pocas señales de un “efecto Culiacán”. No hay indicaciones claras de un nuevo precedente o paradigma de acciones violentas de parte de los grupos delictivos. Aunque persisten las formas letales y no letales de violencia, no parece tratarse de algún nuevo tipo de guerra. Al contrario, parece muy similar a la violencia que ya existía antes del 17 de octubre de 2019. Si bien la liberación de Guzmán pudo haber perjudicado la reputación de la estrategia

de López Obrador en materia de seguridad, el Presidente y su partido siguen adelante, con pocas indicaciones de una “renuncia total de la autoridad del Estado”.

En breve resumen, parece que poco ha cambiado durante el último año. Las historias y análisis que se presentan a continuación nos pueden ayudar a entender el por qué.



Photo/Héctor Parra

EL NARCO-ESPECTÁCULO PUEDE TERMINAR

Romain Le Cour Grandmaison

Culiacán, Sinaloa. Dos palabras mitológicas del léxico del *narco* en México y en el mundo. Si agregamos el apellido “Guzmán”, el guion parece caricatura.

Jueves 17 de octubre del 2019 en la capital del estado. Son las 3 de la tarde. Hora de comida, transportes, salida de escuela, trabajo, paseo. Para el gobierno federal mexicano resultó ser una buena hora para lanzar un operativo militar destinado a capturar Ovidio Guzmán, hijo de *ya saben quién*, en plena ciudad. El resultado táctico y estratégico fue desastroso.

Este texto no busca discutir la eficacia del operativo, sino analizar la forma en que se transformó en un “espectáculo” mayúsculo (para aquellas personas fuera de Culiacán) en un contexto de “guerra contra las drogas”. Y es que en México los relatos

públicos de la violencia siguen cada vez más una pauta donde el espectáculo se acepta de forma pasiva por “su forma de aparecer sin réplica, por su monopolio de la apariencia”. Este ensayo hace preguntas acerca de los espectáculos de la violencia en México, en particular cuando son producidos por actores no estatales, dejando para otro texto el papel del Estado.

Primero, un espectáculo necesita un escenario adecuado, tanto socialmente como geográficamente. Como lo han mostrado varios eventos trágicos a lo largo del año 2020, no todos los municipios ni todos los muertos mexicanos tienen derecho a la misma cobertura mediático-política y la empatía varía mucho según el lugar y el perfil social y étnico de las víctimas.

Segundo, el espectáculo necesita de material abundante y atractivo. Ya no es suficiente el relato escrito de los hechos. Lo ideal es poder contar con buena cantidad de videos producidos por testigos directos, habitantes, fuerzas públicas o cámaras de vigilancia, además de los propios protagonistas. Aquí es donde los *smartphones* y las redes sociales ofrecen una fuente continua de producción y difusión, que por cierto se aceptan y se reproducen como fuente para el análisis o la información sin ninguna distancia crítica, en la mayoría de los casos.

Cuando se trata de una ciudad como Culiacán, un jueves a las tres de la tarde, estamos frente a una oportunidad mayor de espectáculo. De hecho, apenas se publicó la noticia, las redes sociales se encargaron de transmitir, minuto por minuto, las balaceras, el despliegue de hombres armados por la ciudad, los testimonios de habitantes acorralados y los análisis de la situación por parte de expertos en su mayoría fuera de Culiacán y de Sinaloa. En pocas horas, el 17 de octubre del 2019 se convirtió en una fecha *fetish* de la historia reciente de la violencia en México.

Esto se amplificó durante los días siguientes. Así, el frenesí de la cobertura no paró hasta varios días después, cuando ya se había extraído todo el jugo del evento. Lo importante era mostrar que uno “estaba” en Culiacán, en el corazón de un evento que sin embargo había terminado; aportar “pruebas” de que se *conocía* la ciudad y sus habitantes, principalmente a través de “fuentes” locales, y por ende darle al relato una legitimidad *culichi* sin realmente dar espacio a aquellas voces; algo fundamental en la era de la información global.

Tercero, se necesitan de actores impactantes, explicaciones simples y conclusiones tajantes. Un *líder del narco* resulta ser lo mejor. Si estamos en Culiacán con hombres de apellido Guzmán, estupendo. Entonces permite recurrir a toda la mitología del *narco* y crear el *branding*, la “marca” del evento. En este caso, “la batalla de Culiacán”, y algunos de sus mejores sub-títulos: “un show de Netflix en vivo”; “escenas de

violencia que parecen Siria”; o “la victoria del narco”. Mil metáforas para llegar a la conclusión impuesta por el espectáculo, y a cual nos toca adherir: el Estado mexicano ha sido derrocado por el *narco*. Culiacán iba a marcar un parteaguas en la historia de la violencia en México. Un antes y un después para el país entero. Ya nada sería igual.

Aquí se asoma el meta-relato. La gran explicación. En México, es simple: el *narco* vs. el Estado. Con esto empieza y termina todo. Argumento desgastado, pero increíblemente poderoso: permite aportar una explicación recurrente a cualquier evento de violencia sin el más mínimo análisis coyuntural. Así, el paradigma de la guerra entre el gobierno y el narco atraviesa los ámbitos profesionales sin casi variar, incluyendo a periodistas, analistas, académicos y, obviamente, los servicios de comunicación de los gobiernos sucesivos.

Los ingredientes de esta narrativa son conocidos. El Estado y el crimen son ontológicamente opuestos. Alguno de los dos, para existir, tiene que aniquilar al otro, en un mundo perfectamente blanco y negro. La teoría es dominante y resulta difícil criticarla. Incluso en la academia, la ciencia política y la criminología estadounidenses (o inspiradas por) siguen produciendo estudios que yacen en una concepción weberiana – caricatural - del Estado como garante del monopolio de la violencia en su territorio.

Lejos de esta visión, en México, el Estado nunca desaparece. Es más, logra consolidarse como el espacio político central a pesar, a través y en contra de la violencia, legítima o no. Lo importante es entender que la organización de la violencia y sus reglas de uso son una co-construcción: se negocian permanentemente, de forma más o menos violenta, entre varios protagonistas públicos y privados.

Sin embargo, lo que provoca esta teoría, más allá de disputas académicas, es importante. Se impone una historia oficial de la violencia. Un relato, lleno de mitos del narco y profundamente ideológico, que explica la sociedad mexicana a partir de la separación entre una parte “sana” y otra “infectada”. El crimen, entonces, y en particular en su vertiente “organizada”, representa una amenaza interna al cuerpo social, una anomalía que provoca debilitamiento y fracaso, y que por ende se debe aniquilar.

Además, la narco-narrativa es particularmente fructífera porque es simultáneamente alimentada por las historias de actores altamente desviados socialmente – son los *otros* – y al mismo tiempo fascinantes. Esta paradoja es uno de los cementos de la narrativa y la clave de su eficacia. Se funda en la atracción por

el narco, las armas largas, la estética de la guerra y sus atributos masculinos: una violencia seductora, que participa de cierto *voyeurismo*, y alimenta un sinfín de libros, reportajes, documentales y películas de ficción.

Resulta que la guerra vende. Y cuando hay narcos involucrados, aún más. La representación de la violencia es un negocio nacional e internacional del cual dependen varios sectores profesionales. El problema es cuando la guerra se vuelve rutinaria. Los muertos se acumulan y las explicaciones no logran reinventarse. El público, alejado, se cansa y no presta atención. Se acostumbra a detalles horribles. Ya no se emociona ni se escandaliza por nada. De ahí la necesidad de producir espectáculos varias veces por año. Momentos claves, que se tienen que vender como una ruptura total y definitiva para capturar la atención pública por unos días.

Para esto, se necesitan eventos que puedan dar espacio a una cobertura “de guerra”. La violencia cotidiana y crónica, e incluso las masacres alejadas de los grandes centros de la atención pública, ya no sirven. En cambio, el 17 de octubre en Culiacán, el ataque al subsecretario de Seguridad en la Ciudad de México en junio del 2020, o las series de videos aparentemente producidos por grupos criminales para escenificar su ayuda en tiempos de Covid, o presentar al mundo su armamento y sus carros blindados, son la horma del zapato de la violentología.

Aquí quiero concluir con dos ideas que me parecen relacionadas y poco analizadas. Primero, un cambio sociológico de los medios internacionales, acompañado por una evolución disciplinaria y temática dentro de la academia, y finalmente la consolidación del sector de la consultoría y “expertise” en violencia en México. Primero, varios de los corresponsales internacionales – principalmente estadounidenses - que cubren ahora México han trabajado antes en contextos de guerra civil en Asia, África y Medio-Oriente. Eso trae costumbres de trabajo – por ejemplo el hecho de apoyarse masivamente en *fixers* para hacer “campo” - así como marcos analíticos y vocabulario importados desde zonas de conflicto armado. Segundo, hay cada vez más expertos, miembros de ONGs y académicos que han sido formados en *War Studies* y *Conflict Studies* en los Estados Unidos o en el Reino Unido, lo cual se refleja en el peso cada vez más grande de los “security analysts” en México, un perfil inexistente hace 10 años.

Esto conlleva el uso, cada vez más común, de un vocabulario inspirado en la guerra -insurgencia, grupos armados, conflicto armado y demás etiquetas más o menos refinadas - así como en conceptos como “Estado fallido” o “débil”. Esto, como en el caso de los medios frente a sus respectivos públicos y la necesidad de consolidar audiencias, tiene mucho que ver con la lucha por convencer a donantes de que la situación en México merece invertir recursos. Si la violencia es social, si resulta ser

el producto de dinámicas históricas complejas, si no es espectacular y amenazante para el orden social sano, el donante no queda convencido de la urgencia. No se puede entender la fuerza de la narrativa de la narco-guerra fuera de la necesidad de alimentar amenazas para asegurarse de financiamientos.

Esta evolución tiene efectos concretos sobre la realidad social y política en México. La paradoja aquí, como lo investigamos a través del programa Noria para México y América Central, es que un amplio sector que pretende criticar la guerra contra las drogas se desatiende de las dinámicas estructurales— sean sociales, económicas, políticas o culturales - para enfocarse cada vez más en una visión “positivista” de la violencia. Como si la violencia existiera *en sí*. Como si creciera en los árboles. Como si cada evento violento tuviera que ser un espectáculo inédito para tener interés. Esto, como en el ejemplo de Culiacán, termina arando el camino de políticas de seguridad represivas. Al argumentar que la violencia es el producto de una debilidad, en general se deduce que la solución pasa por más fuerza, lo que a la postre se traduce en más mano dura y militarización.

Cabe decir que las autoridades tienen un papel crucial en esto. Construir relatos de enemigos y amenazas internos es una tarea clásica de la formación de los Estados, un tema que dejaremos para otra entrega. Resulta que para varios sectores que ya viven de la violencia, pasa exactamente lo mismo. Las explicaciones binarias y la capitalización sobre eventos espectaculares permiten seguir creciendo, y vendiendo. Si el espectáculo termina, el negocio también.

Por eso Culiacán fue tan perfecto. Y no importa si el parteaguas que se había anunciado nunca ocurrió, si el Estado no desapareció y si el *narco*, sea lo que sea, no dirige a México. Mientras tanto, la cotidianidad de la violencia, cuyo análisis requiere más tiempo y atención, queda cada vez más invisible.

¹ Debord, Guy, *La sociedad del espectáculo*, Ediciones Naufragio, 1995



Photo/Héctor Parra

¿QUIÉN MANDA EN SINALOA? RESPUESTAS, MENTIRAS Y POSVERDADES DEL JUEVES NEGRO EN CULIACÁN

Patricia Figueroa

“¿Quién manda en Sinaloa? Hace tres años, decidí hacer esa y otras preguntas sobre las relaciones de poder dirigiéndome exclusivamente a jóvenes de Los Mochis, Culiacán y Mazatlán. De entre 350 participantes entre 15 y 25 años de edad, el 75% consideró que son los narcotraficantes los que mandan en Sinaloa, apenas un 18% se refirió a los políticos, dejando muy abajo en la escalera del poder a los empresarios, los periodistas y los policías.

De estos mismos jóvenes el 98% se mostró convencido de que los políticos más influyentes de Sinaloa mantienen acuerdos con los narcotraficantes, mientras que el 86% consideró que, en definitiva, para que un narcotraficante sea exitoso, debe

tener acuerdos con los políticos. Aquí se hace referencia a una brutal simbiosis con grados de protección mutua de elevados niveles.

Esas percepciones están ligadas a la historia. Al menos tres generaciones de sinaloenses hemos sido testigos de pasajes violentos relacionados con el narcotráfico y que han quedado grabados en la conciencia colectiva. Vale aquí preguntar: ¿cuál fue la novedad del llamado Jueves Negro?, y ¿qué pasó en Sinaloa aquel jueves que no hayamos visto antes los sinaloenses?

El 17 de octubre de 2019, en Culiacán, poco después de la hora de la comida, la interconexión digital se manifestó de manera intensa y sin precedentes en la historia moderna de Sinaloa, para intercambiar las primeras imágenes, videos y audios a través de las redes sociales, principalmente Facebook, WhatsApp y Twitter, de un enfrentamiento entre militares –que recién habían capturado a Ovidio Guzmán- e integrantes del cártel de Sinaloa, quienes exigían la liberación de su líder. La información fluyó de manera informal, plagada de *fake-news* y *posverdades*, se difundieron videos, prácticamente en tiempo real, del fuego cruzado en diversos puntos de una ciudad que se convirtió en zona de guerra. Los sinaloenses no sólo vivimos una angustia real, sino que también vivimos una realidad virtual, y más aún, una realidad aumentada.

Algunas personas experimentamos esas “realidades” en la calle, en las oficinas, en las escuelas, en supermercados y restaurantes, en mi caso, desde la ventana de mi casa, asomándome con cautela para observar el humo de las unidades motrices que estaban siendo quemadas con el objetivo de bloquear la salida norte de la carretera Internacional de Culiacán; además de este, otros 18 bloqueos en puntos estratégicos se registraron esa tarde en la ciudad reconocida como el epicentro del narco en México.

La información y desinformación fluyó con una intensidad sin precedentes a través de las redes sociales, lo cual contribuyó a generar miedo, paralizar y descontrolar a la población. De inicio, se creyó que Iván Archivaldo Guzmán era el detenido y no su hermano Ovidio, transcurridas las horas, se dijo también que Ovidio estaba muerto. En otro video se mostraba a un hombre vestido con una casaca militar y con el rostro cubierto –supuestamente Ovidio en custodia-. Otro de los videos destacables fue el de sicarios ingresando a la zona habitacional donde se encontraban las familias de los elementos del Ejército.

Videos tomados desde celulares muestran personas huyendo de las balas, hombres armados con rifles, camiones y autobuses incendiados. Como parte del “espectáculo” diseñado para las redes sociales, se filtró un video de cinco jóvenes dentro de un

auto, moviéndose al ritmo de una música estridente, armados con rifles de alto poder y usando máscaras con luces led. Hacia las 7 de la noche, aún no se sabía qué sucedía realmente y la duda de muchos era cómo los militares sacarían a Ovidio de Culiacán si por tierra era prácticamente imposible, quedaba sólo el aire como alternativa.

Algunos ciudadanos se transformaron automáticamente en “reporteros improvisados”, de modo que, además de registrar lo que pasaba con sus celulares también “narraban” lo que compartían: “Les informamos que en este momento (...) acaban de detener una góndola (camión de carga), la atravesaron y le prendieron fuego... la verdad que se está poniendo fea la cosa, es mejor custodiarnos, mejor estar encerrados en nuestra casita (...). Muchas gracias por su atención, ¡cuídense!, y hay que tener mucha fe”. Otros, entrada la noche, mandaban videos cortos sólo para dejar claro “que no está tranquilo nada”. Desde el balcón de mi casa se seguía viendo el humo de los camiones quemados (tomé al menos una foto motivada por el morbo) y vi cómo la mayoría de mis vecinos hacía lo mismo.

El cierre del Aeropuerto Internacional de Culiacán, la suspensión del servicio de Uber y del transporte público puso en jaque la movilidad de la ciudad, el cierre de supermercados, así como la suspensión indefinida de clases en todos los niveles, fueron noticias que de inmediato inundaron las redes. Dos videos sin mucho contexto, difundidos por las redes sociales, fueron motivo de diversas interpretaciones, algunas inocentes y otras conspirativas: el saludo entre militares y civiles portando rifles de alto poder, ¿colusión o rendición?; y la salida de varios hombres del penal de Culiacán (51 presos) ¿fugados o liberados?

Entre los dimes y los diretes que se difundieron desde las plataformas de internet, y las imágenes y videos, muchos de ellos sin un contexto explicativo adecuado, fueron tomando forma las *fake-news* y las *posverdades* que hasta hoy, han ocultado fragmentos importantes sobre una realidad que no se dejó atrapar del todo por la conciencia colectiva de Culiacán y mucho menos de México y de una audiencia internacional que se mantuvo atenta a uno de los episodios más espectaculares y de mayor venta mediática en la negra historia de la cuna del narcotráfico mexicano. Dos tipos de violencia sometieron a Culiacán aquel día: una violencia explícita (física y real), representada por armas de alto poder, sangre y fuego y una violencia simbólica (virtual) expresada a través de las redes sociales con imágenes y palabras descontextualizadas y recontextualizadas con las cuales se logró igualmente sitiar la ciudad.

En una lógica “lógica”, un detenido de esa magnitud, solicitado con fines de extradición a los Estados Unidos e hijo nada menos que de “El Chapo” Guzmán, debía ser tratado con la mayor agilidad, cautela e inteligencia estratégica, lo que no

sucedió. Las ráfagas de metralleta seguían escuchándose en varios puntos de la ciudad; sin embargo, si consideramos el número oficial de caídos de aquel día (8 personas muertas y 16 heridos), muchos de esos disparos fueron hechos al aire o con el doble objetivo de amedrentar a la población y amagar a las fuerzas policiales y militares.

El viernes 18 de octubre de 2019 salí a la calle a explorar, a “sentir” el ambiente social, la ciudad de Culiacán estaba, en efecto, desolada.

Ese día, los abogados de Ovidio Guzmán hablaron ante los medios de comunicación y prácticamente a modo de reclamo aseguraron que los elementos de las fuerzas federales se presentaron en el domicilio del hijo de El Chapo “sin ninguna orden de aprehensión a mano”, por lo que las propias autoridades reconocieron que no tenían elementos suficientes para detenerlo, ni mucho menos extraditarlo, fue entonces que el presidente “ordenó que se pusiera en inmediata libertad”.

Días después, como epílogo de este *burlesque* mediático se difundió en las redes sociales un comunicado supuestamente del cártel de Sinaloa (CDS) donde se disculpaban “públicamente” con la población por los acontecimientos que “se derivaron de la irresponsabilidad de las fuerzas federales, quienes menospreciaron el poder de nuestra organización”. Así en mayúsculas el CDS buscaría dejar claro que “NO ATENTÓ CONTRA LA INTEGRIDAD FÍSICA DE NINGÚN CIUDADANO AJENO A LOS ACONTECIMIENTOS”, lo que implicaría que los ciudadanos no corríamos en riesgo de ser objetivos directos del cártel.

Este comunicado resultó parte del gran espectáculo mediático que, al final, definía los hechos de aquel día. El humo y las llamas que se difundieron por esos nuevos medios electrónicos fueron parte de la creación de realidades alternativas, aumentadas, y muchas veces distorsionadas. Desde las entrañas de las redes sociales surgió una *posverdad*, o *post-truth* sobre el 17 de octubre.

Mientras las notas alrededor del mundo se enfocaron en la detención y liberación de Ovidio Guzmán, en el caos al que fue sometida una ciudad por “una guerrilla urbana”, y en la rendición del Estado mexicano, el presidente de México, Andrés Manuel López Obrador se limitó a justificar, minimizar los errores e interpretar los hechos: “se tornó muy difícil la situación, y estaban en riesgo muchos ciudadanos, muchas personas, muchos seres humanos y se decidió proteger la vida de las personas”.

“No puede valer más la captura de un delincuente que las vidas de las personas”, dijo el Presidente, lo que no dijo es que la captura de un delincuente, cualquiera que sea su nivel o su delito, es una obligación del Estado como parte de la garantía de un Estado de Derecho que, por lo pronto, en Sinaloa se percibe inexistente. El presidente

nunca explicó cómo, ni cuántos, ni por qué estarían en riesgo esas vidas a las que se refería de manera tan abstracta. Tampoco reconoció la crisis de desaparecidos en el estado y durante su más reciente visita a Sinaloa a principios de agosto de 2020, se atrevió a asegurar que “la estigmatización de Sinaloa de ser un estado de mucha inseguridad y violencia pues no corresponde a la realidad” esta *posverdad* ofende a las víctimas de desapariciones forzadas, de homicidios, de feminicidios, y de otros delitos que, si bien no derivan en la muerte, son sumamente graves para quienes los sufren. Las *fake-news* y las *posverdades* son instrumentos de manipulación en la arena pública y política. Algunos políticos en los Estados Unidos las llaman «hechos alternativos», mientras que el sentido común nos llevaría a llamarlas simplemente falsedades. Cuando se vive con la atención puesta en un mundo digital es fundamental aprender a distinguir lo real de lo falso capturando los hechos con los ojos de la razón, porque la simple vista no es suficiente. Cuando se habla de la *posverdad* se habla de hechos objetivos que se ofrecen de tal modo al receptor, que luego de filtrarlos por el cedazo de las emociones y la ideología pierden su fuerza como hechos generadores de una opinión pública seria y responsable. En Sinaloa podemos tener miedo, pero no podemos mantenernos indiferentes ante la falta de pena para el que ha cometido un delito, por la sencilla razón de que seguirá cometiéndolos.

Antes del 17 de octubre de 2019 los sinaloenses ya teníamos una respuesta clara a la pregunta ¿quién manda en Sinaloa?, sin embargo, los hechos ocurridos aquel día confirmaron la percepción generalizada sobre un cártel al que se dio la calidad de omnipresente y todopoderoso. Una verdad indiscutible entre esta maraña de falsedades, verdades a medias y *posverdades* es que el *Jueves Negro* se convirtió en una preciada mercancía digital en el mundo de las redes sociales, obteniendo millones de *clicks* y generando importantes ganancias con millones de vistas alrededor del mundo.



Photo/Héctor Parra

¿CÓMO DESCRIBEN LOS CULICHIS LA EXPERIENCIA DEL 17-OCTUBRE? LOS ECOS Y LAS SECUELAS

Albaro Sandoval

Al miedo lo fue bordando la pólvora aquel día que Culiacán se arrodilló. Los fusiles del Cártel de Sinaloa y los del Gobierno hicieron gárgaras desde las tres de la tarde en el Desarrollo Urbano Tres Ríos.

A quien aún traiga en llamas el recuerdo de aquel 17 de octubre de 2019 habrá que entenderle su silencio y su aspaviento al hablar.

Quien viene de esa hoguera sabe que la histeria tiene dientes, y que no muerde, da dentelladas, enloquece temporalmente. Quien viene de esa hoguera acaso sabe que los pellejos de los hombres son las ruinas de sus ciudades.

Aquí este retrato de aquella faena que por cruel y desquiciante se torna inolvidable. Estos son los ecos de una guerra que unos cuantos compraron. Y a un año de la batalla, el pus aún no encuentra su salida.

Ovidio, el ratón

A esa hora, a las tres de la tarde, la orden ya está dada. La consigna es rescatar a Ovidio, uno de los jefes. A sangre y fuego, con todo el arsenal y la gente disponibles. Literal.

Los marinos lo tienen copado en su casa de la calle José Muro Pico 2340 del Tres Ríos, en el punto comercial más importante de la capital del estado. Pinche gobierno. La alharaca de halcones y sicarios crepita en los radios. El cartel sale, florece. Todos en bola pero no a lo pendejo. Hay un orden en los movimientos, en el despliegue de la fuerza.

Tú dispara desde aquí, ustedes tapen allá, nosotros acá. Tírenle al "boludo". Saquen las blindadas, los calibre 50, los cuernos. Tumben carros, quiten camiones. Quémenlos. Ocupen las calles. Que arda la ciudad.

El Cartel toma Culiacán. Y mil, dos mil rehenes quedan en medio del fuego cruzado. A merced de una bala o una ráfaga. Que el mundo sepa quién es el que manda aquí.

Un ovillo en el fondo de la sentra

Y aquí está Alexia en su Sentra blanco, sobre la desviación del semáforo de los bulevares Universitarios y Enrique Sánchez Alonso, donde parece que para ella la vida se acaba. Ahí fue uno de los encontronazos.

Está sola ante el inicio del caos. Y el caos son estos carros sin avanzar y este mundo detenido en octubre casi a las 3 de la tarde.

Oye los primeros estruendos. Ráfagas tal vez, disparos quizá. No lo sabe. No lo entiende, si ella solo ha ido a comprar boletos para el juego de los Dorados de este jueves por la noche.

Baja un poco el vidrio, deja el vehículo encendido y se tira a donde deberían ir los pies del copiloto. Ahí se vuelve un ovillo. El temor la empequeñece, hace que se acomode en un espacio en el que, en otra circunstancia, no habría cabido.

“Escuché el estruendo. Un ruido fuerte y después una ráfaga. Aunque soy de Culiacán nunca había pasado por una situación de esas. No se quitaba, ruido, estruendos de todo tipo de armas. No sé cómo me hice bola ahí. Me hice bolita. No sé cómo logré meterme”.

Revisa su celular y solo tiene 5 por ciento de pila. Le marca a su novio. Escucha la voz y entra en pánico. Le dice que está en medio de una balacera, que no sabe qué hacer.

Le marca a su papá. *¿Qué onda, morrilla?*, le dice. Ella explica la situación. A su padre sólo le queda decir no te muevas; junto a la madre de Alexia intenta acercarse al lugar para rescatar a su hija.

“A partir de eso entré en pánico. Empecé a llorar. Ni siquiera podía gritar. Es como un nervio que me consumía. Me pasé aproximadamente 3 horas y media en mi carro. En esas tres horas pensé: en cualquier momento puede entrar una bala. Las escuchaba en mi oído”.

El operativo de captura de Ovidio Guzmán López por parte del grupo de Análisis de Información del Narcotráfico (GAIN) de la Sedena está en marcha. Y el Cártel de Sinaloa le responde con un contra-operativo de rescate del jefe.

Todo eso lo desconoce el padre de Alexia. El hombre trata de aproximarse a la zona. Llega a las inmediaciones del estadio de los Dorados. Ahí topa con pared. Un grupo de sicarios le hace señas para que se retire. Han tapado el paso hacia Universitarios y Sánchez Alonso. Se resguardan, se quedan por la zona a la espera de ingresar al punto crítico.

El operativo de rescate del ovillo humano en el fondo del Sentra blanco queda trunco.

Zona Cero

Casi llegando al semáforo del City Club, a Angie le agarra el desespero. Quiere salir del brete. El enfrentamiento se enciende.

Por ahí cerca, en el mismo semáforo, Erick va detrás del convoy de la Secretaría de la Defensa Nacional. Mira cuando los sicarios del Cártel de Sinaloa abren fuego contra los soldados.

Les tiran por enfrente y por la retaguardia. Erick se baja de su carro, ahí lo deja. Y corre a resguardarse a los locales cercanos. Ahí permanece hasta siete-ocho de la noche. "Aún tengo los impactos en el carro..."

Israel también está en el semáforo del City Club. Las ráfagas le hacen acelerar su vehículo. Va rumbo al estadio de los Dorados. Escucha el vozarrón del Barret. Se baja por ahí en una casa cualquiera y se tira al suelo. Ve muchas camionetas de lujo. De ellas bajan hombres armados.

Sigue su marcha rumbo al Salón 53 en busca de retornar a su casa en la colonia Tierra Blanca. En ese cruce Israel mira que los sicarios atraviesan un tráiler al que le disparan y le prenden fuego. Se regresa y en el cruce de Obrero Mundial y en Enrique Cabrera encuentra otro tráiler en llamas.

"Tenía miedo de las balas perdidas. Por fin me metí a un taller... Ahí dormí pues nunca me animé a regresar a Tierra Blanca. Otro día vi el campo de guerra... Infinidad de carros y camiones quemados. Lloré al llegar a mi hogar".

En el Milow Bowl & Fun del Desarrollo Urbano Tres Ríos, Elizabet festeja el cumpleaños de su sobrino. En el inmueble hay decenas de niños. *"Gracias a Dios lo podemos contar, y los que no, oramos por su descanso..."* **Aquí la fiesta ha terminado.**

Llorar sin lágrimas

Alexia llora sin soltar una lágrima. Y grita, grita mucho. Grita dentro del carro. Porque está sola, porque tiene miedo. Las ráfagas en la zona no paran. Las descargas de los fusiles están en su oído.

No, Alexia no tiene miedo. Alexia tiene terror. Ahora entiende lo que pesa una palabra y la consistencia de la otra. Sabe la distancia que hay entre las dos. Pasa saliva y le raspa.

"Grité mucho. Esa vez conocí una parte de mí que no sabía que existía. Me puse a gritar pero a la vez tenía miedo de que me escucharan gritar. Me callaba, me tragaba ese grito, ese nervio. Recuerdo que lloré mucho y no me salían lágrimas. Era terror. Sentía terror. No tenía tristeza sino mucho miedo, mucho".

El enfrentamiento lleva ya media hora, 50 minutos. No para. Nadie detiene a unos ni a otros. Desde el carro ve el helicóptero que sobrevuela el área. Si tiran me va a tocar, piensa. Estoy en medio de todo esto. ¿Cómo me salvo?

Alexia solo ha bajado un poco la ventana del lado del piloto. El auto está encendido. Espera la oportunidad, que haya una especie de tregua, para salir. Pero no. Esto apenas inicia.

Y ahí se queda con su llanto sin lágrimas, con su terror, hecha un ovillo. Si acaso lleva una hora hecha bola aún le faltan 2 horas y media más en esa posición.

Ráfagas y gritos

Mientras Alexia se resguarda en su Sentra blanco, a unos metros Sara y sus dos niños ven correr un gentío hacia ellos. Han empezado a sonar los tiros, las ráfagas. Bien a bien no saben de dónde salen ni qué pasa.

La malteada del McDonalds que Sara quiere comprar tiene que esperar un mejor momento. Ella, sus hijos, una prima y su mamá se apuran a regresar a la Bodega Aurrerá.

Hay gente corriendo por todos lados, buscando dónde resguardarse. El enfrentamiento no sabe de sutilezas. La gente baja de los carros, corre, grita.

“Una cosa espantosa. Nosotros nos quedamos pensando qué chingados está pasando. Fue una ráfaga interminable. Las ráfagas estaban pero horribles. Aunado a todo eso empezaron las explosiones. Se escuchaban cerca. Bien feo. Y las ráfagas y los gritos”.

Sara y su familia entran a la Bodega Aurrerá, donde unos momentos antes habían comprado cosas para preparar la comida. En esa tienda habrán de permanecer 18 horas.

Los guardias de seguridad cierran la puerta principal. En cuanto bajan las cortinas empiezan los golpes. Afuera los soldados gritan que abran. Hay más gente que busca protegerse de los tiros. Las ráfagas continúan.

Son cerca de 80 personas dentro de la tienda. A todas las conducen a un cuarto al final del inmueble.

“La balacera no se acabó en una, dos horas. Duró desde las tres de la tarde hasta las ocho, nueve de la noche. A las doce volvieron a rafaguear. Era la incertidumbre porque nosotros no sabíamos nada, nada, nada”.

Tiempo en blanco

Hay un tiempo en blanco que Alexia no recuerda. Dice que tal vez se desmayó o se durmió. A un año de aquel 17 de octubre, del llamado Jueves Negro, no lo tiene claro. De pronto se despierta. Está sudando. Tiene mucho calor. El aire acondicionado del carro está apagado. Sigue donde mismo, en el semáforo de Universitarios y Sánchez Alonso, cerca del City Club.

“Me quedé dormida o desmayada, la verdad no sé. Cuando desperté y vi el reloj del carro eran como las 5. Tenía dos por ciento de pila en el cel. Le marqué a mi papá, le dije, estoy bien, adentro del carro”.

“La verdad tenía 90 por ciento de seguridad de que no iba a salir viva de ese lugar. Me decía: No me quiero morir pero no hay nada que esté en mis manos que yo pueda hacer para salvarme...”

Piensa mil cosas. Si le pega una bala ojalá que no sea en la cabeza. Que no le pegue en la cabeza.

Mejor que le pegue en una mano. Pero si le da en la mano ya no podrá tocar en su banda. *“Tenemos una banda y tocamos música”.* También decía: **si me da en la mano ya valió mi corta carrera musical”.**

Mejor que le pegue en un pie. Venga, bala, venga. Que le pegue donde sea pero que no la mate. Si ya le está pasando esto al menos que no sea algo tan peor.

Histeria colectiva

En el refugio de Sara hay hombres y mujeres en pánico. Mira a mujeres que rezan. Escucha gritar a un tipo. Otros quieren salir de ahí, piden que les abran la puerta de atrás. Los empleados de la tienda se niegan. Hay que esperar.

Nada de eso es normal. Esto no pinta bien. Algo pasa y es algo serio. Y las cosas de adentro dan un norte de que las cosas de afuera están peor. Porque los disparos siguen. Y no son tiros esporádicos. Son ráfagas. Las ráfagas. Esas ráfagas interminables.

“Ahí nos quedamos a dormir. Bodega Aurrerá nos facilitó cobijas, almohadas. Estuvieron a la altura pero no nos dejaron salir. El protocolo de seguridad de ellos era que no saliéramos. Entonces ¿qué pasó?: La histeria colectiva”.

Es el miedo, como el que en ese momento experimenta Alexia en su cuerpo, tirada quién sabe cómo en el piso de su carro.

“A nosotros nos tocó vivirla, a nosotros nos tocó sufrirla. Tuve que tener cordura, paciencia, fortaleza sobre todo, por mis hijos. Mis hijos eran un mar de lágrimas. Desesperados. Salimos a las ocho de la mañana del otro día (viernes 18). A esa hora nos permitieron salir. Subimos al carro y órale, pícale para la casa”, dice Sara casi un año después de los hechos.

Ahí adentro el llanto ha doblegado a las mujeres que se sienten solas. Y los hombres, desde su orgullo de culichi, les acompañan a lo lejos y de cerca, igual de temerosos. Con el mismo terror a flor de piel.

Asomarse al caos

Alexia se da valor. Se desentume de su posición dentro del auto. Levanta la cabeza, asoma la cara al caos y las ráfagas. Ahí están todos tirando. Marineros y sicarios. *“A la madre, estoy rodeada de todos ellos”.*

Sí, está rodeada. Los sicarios tiran del lado del puente de los Dorados, de Universitarios, de atrás del City Club. Las blindadas también incursionan disparando por Sánchez Alonso.

Las balas pegan en todos lados. El plomo no ha alcanzado al Sentra blanco. La bala perdida no ha llegado a la cabeza de Alexia. Ni al pie ni a la mano. El 10 por ciento que se calcula de sobrevivencia sigue jugando en esta locura de jueves que se ha jodido ya.

Alexia ve un marino tirado en el asfalto. El soldado dispara hacia el puente del estadio de los Dorados. El hombre la ve y con señas le dice que espere, que aguarde. También le pide que se agache.

Con la última gota de pila de su celular le marca a su papá. Le dice que los marinos ya la vieron.

Ahí está la oportunidad de salir del caos. Dos marinos van al Sentra y sacan a Alexia. Le dicen *“agáchate lo más que puedas y camina rápido”.*

Por el celular su padre la acompaña en el rescate. Luego, el celular muere. Alexia no lleva una bala en el pie ni en la mano ni en la cabeza.

Son casi las seis y media de la tarde. Alexia ha pasado tres horas y media oyendo las ráfagas, aturdida por el terror, hecha bola en el piso de su Sentra blanco, con la suerte de no ser el blanco. Está a salvo, al parecer. Nadie ha dicho que la ciudad está en paz.

El otro caos

Los marinos la llevan a la tienda Calz zapato. El edificio está cerca de donde ha quedado su carro. Allí Alexia se topa con otro caos.

Mujeres, hombres, niños, jóvenes, todos llorando. En crisis. Gritando. Gente desmayada, gente echándole aire con cartones, con abanicos improvisados ante el apuro. La histeria colectiva por esta guerra que parece no tener fin.

“Había gente grande, embarazadas, abuelitos con niños. Habíamos unas 20 personas”.

A Alexia la suben a la bodega de la planta alta. Ya adentro no tiene tanto miedo. Las trabajadoras de la tienda le han dado agua. Entre el olor a zapato nuevo, en los anaqueles de las cajas del calzado, ahí se acuesta.

Alexia dice que en la tienda no habló con nadie. Si acaso habrá dicho dos, tres cosas. No sabe por qué.

“Me sentía como en deuda con las trabajadoras de la Calz zapato porque me trataron bien. Lo que hice, como al mes o dos meses, fue volver. Les llevé un regalito, les puse gracias por su ayuda. Les llevé un pastel”.

Cerca de las nueve de la noche, cuando el Cártel de Sinaloa ya ha liberado a Ovidio Guzmán, cuando el Gobierno ha bajado la cabeza y emprendido la retirada, se encuentra con su padre, que por fin ha podido llegar a la zona crítica.

Alexia pregunta por su carro. Los marinos apuntan hacia donde lo estacionaron. Allá está su Sentra blanco, limpio de plomo, sin ningún balazo.

“Mi papá venía viéndome, en lágrimas. Ahí sí lloré, me desahogué. Les dijo: Muchas, muchas gracias a los marinos. Ellos le dijeron que era su trabajo. Mi mamá estaba en shock. Camino a casa estaba la escena de película de terror”.

“No me quiero morir”

Y entonces Sara oye a su hijo: *“Mami, yo no me quiero morir aquí. Mami yo no me quiero morir... Quiero ver a mi papi. Ya no quiero estar aquí”.*

Las palabras le salen mientras llora. Sara no sabe qué hacer. No halla qué decirle, qué responderle porque no sabe nada de lo que sucede en Culiacán, solo que allá fuera soldados y sicarios se disparan a matar.

"El mayor, que ya entiende las cosas, me decía: 'Mamá, no me quiero morir aquí. No me quiero morir aquí. Tengo miedo de estar aquí'. Tú como padre cómo le vas a decir que va a estar todo bien si tienes toda la incertidumbre..."

Y sus dos hijos lloran. Lloran mientras afuera la pólvora atiza el enfrentamiento. Y esas ráfagas. Cabronas ráfagas de este jueves 17 de Octubre, el día que el Gobierno detuvo y soltó a Ovidio Guzmán.

Afuera está la bala perdida, el fuego cruzado. Afuera están los sicarios, los 'cuernos', el 50, las blindadas... Tantos clichés del mundo Narco como tiros.

Afuera Culiacán ya fuma y suelta al cielo su humo negro de vehículos carbonizados. Dentro de la Bodega, la incertidumbre de Sara y su familia se hace vieja con la noche. Ya vendrá otro tiempo en el que Culiacán habrá de reinventarse pretendiendo olvidar lo inolvidable.

Olvidar. Esa es la palabra que viene. Y Quirino Ordaz Coppel, el gobernador de Sinaloa, sabe lo que significa, porque unos días después le pedirá a la sociedad darle la vuelta a la página.

¿Es tan fácil olvidar, darle vuelta a la página? Sara dice que no. Que a esa página no puede darle vuelta. Ahora ve las secuelas de ese 17 de octubre. Su hijo mayor, de apenas 10 años, no puede entrar a una Bodega Aurrerá.

"Mi hijo mayor le tiene pánico a las Aurrerá. Después de eso nos cambiamos a Mazatlán. Opté por llevármelos para allá. En un día normal que fuimos a hacer el mandado llegamos a la Aurrerá y mi hijo mayor no quería entrar. Mis hijos no entran a una Aurrerá".

A su hijo menor, de seis años, también le ha detectado un cambio de comportamiento. Ella habla de los cuetes (pirotecnia). El menor los asocia con balazos.

"Se me asusta. Se me pone muy nervioso, de que no quiere y no quiere y no quiere. A ellos les dan ataques de pánico. A mí me potenció la ansiedad. Fue una sensación muy difícil, muy intensa. Mi prima ese mismo viernes agarró sus maletas y se fue".

Soñar ese jueves maldito

Alexia dice que a veces le parece irreal lo que vivió. No alcanza a asimilar lo que de verdad pasó. Acepta que se ha vuelto muy miedosa.

A los pocos meses que iba al trabajo en su carro le volvió el pánico. De pronto los autos no avanzaban en un semáforo que ya estaba en verde. Los cláxones sonaron y Alexia tuvo miedo.

“Los carros no avanzan. ¿Qué pasa? ¡No veo nada! Reviví la escena”.

Dio reversa para escapar y chocó a la camioneta de atrás. *“Qué pasó, niña”*, le dijo el conductor de la camioneta. Perdón, ¿está bien?, dijo ella. Todo estaba bien.

Alexia se subió a su carro y empezó a llorar. Maldita sea. Otra vez.

“Me da miedo pitar en mi carro, hacerle un gesto a los automovilistas. Me da muchísimo miedo estar parada esperando el semáforo”.

“Durante todo este año he soñado esa escena en muchos lugares de Culiacán. Sueño que estoy en medio de una balacera, que me tengo que esconder. Lo he soñado un chorro. Ocurre en diferentes puntos. Es muy raro. A veces me llega el flash back de la nada y me entra el miedo, la ansiedad”.

La empresa donde trabaja Alexia brindó sesiones psicológicas para trabajar en su miedo. *“Me ayudó pero confieso que todavía siento miedo... Siento que tengo que regresar con la psicóloga. Aún no me siento del todo bien”.*

Dice que ha vuelto a pasar por aquel lugar donde quedó atrapada en medio del fuego cruzado. Las primeras veces se negaba a acercarse. Una vez iba con su papá en el auto a dejar a una amiga que vive por el sector; conforme fueron acercándose a la zona ella fue sintiendo el miedo. Su padre se desvió.

Sin embargo, luego le hizo frente al lugar. Le dolió el estómago, le dio náusea. *“Es inevitable no sentir como un hueco en el pecho... Siempre que paso por ahí siento algo que me quema”.*

Es la vibra mala de sentirse en un callejón sin salida. Porque hablar de Ellos, de los que mandan, es una cosa. Y verlos y sentirlos de cerca encorva, somete, amansa. Y el terror de Alexia es el terror de todos. El terror agazapado, el que hoy revive en el calendario y de paso oscurece el corazón de Culiacán.

Sí y no

Sara dice que el Gobierno tomó la mejor decisión pero no. Habla de la retirada del Gobierno, que cedió ante el Cartel de Sinaloa. Repliegue que luego el presidente Andrés Manuel López Obrador justificó con el argumento de no arriesgar a la población.

“Cuando se decidió (el repliegue de los soldados), para no poner en riesgo a la población, para que no se afectara a civiles, porque iban a perder la vida más de 200 personas inocentes... Y se tomó la decisión. Yo ordené que se detuviera ese operativo y que se dejara en libertad al presunto delincuente (Ovidio Guzmán)”.

Sara señala que por una parte está de acuerdo. *“Lo agarras, no lo sueltas... Y esa bola de... mata a diestra y siniestra. Lo digo desde la perspectiva de lo que yo sufrí. No me hubiera gustado que el Gobierno hubiera dicho: No lo voy a soltar y a ver cómo le haces. Y después aparecer en las noticias como uno de los tantos occisos... Por ese lado no puedo decir nada. Decir: Amló es un pen... Gracias a esa decisión mis hijos y mi familia estamos bien. Ya pasó un año de eso y lo estoy contando. Imagínate que hubieran tirado granadas a la tienda donde estábamos ochenta y tantas personas...”*
“Sin embargo, creo que no fue la mejor decisión. El narcotráfico va a seguir y va a seguir. Qué es lo único que se demostró con esto: Que el Gobierno no puede contra el Narco. El Gobierno no tiene ni voz ni voto ni nada”.



Photo/Héctor Parra

LOS DOS JUEVES NEGROS EN CULIACÁN Y EL DESAFÍO A LOS CÓDIGOS EN EL ESPACIO URBANO

Iliana del Rocío Padilla Reyes

Es común que, desde el exterior, y con base en los mitos del narcotráfico, se construya un discurso sobre la supuesta normalización de la violencia en Sinaloa. Y esta idea, además, se utiliza por los servidores públicos para justificar las omisiones y elaborar diagnósticos apresurados. La realidad es que los habitantes de Sinaloa, y Culiacán en particular, no ignoran la complejidad de la situación, más bien crean estrategias que les permiten convivir en el espacio urbano reconociendo y conviviendo con lo que hemos llamado “los códigos de la violencia en Culiacán”ⁱⁱ.

Con los altos niveles de violencia que se generan por los 40 homicidios al mesⁱⁱⁱ y las 6 personas desaparecidas cada día, los habitantes de Culiacán desarrollan sus rutinas con relativa confianza, pero esto no significa que no sientan temor. Los datos más recientes de la Encuesta Nacional de la Seguridad Urbana (ENSU) que realiza

cada trimestre el INEGI muestran que el 77.8 por ciento de los habitantes se sienten seguros en la ciudad.

Hace unos años realicé entrevistas con varias personas afrontando la violencia cotidiana en sectores de Culiacán con los mayores indicadores delictivos.^{iv} Observé que en la ciudad se ha creado un orden social que se caracteriza por el establecimiento de códigos de la calle o del barrio que permiten a los actores desarrollar sus actividades rutinarias con cierta confianza y tranquilidad a pesar del constante riesgo que les genera la violencia. Empresarios, policías, criminales, y otros habitantes en la ciudad comparten estos códigos. Los *culichis* (gentilicio coloquial para los habitantes de Culiacán) son conscientes de la complejidad de los distintos tipos de violencias y algunos también participan de ellas. Las redes de involucramiento y complicidad con el crimen, que se extienden a través de lazos de conveniencia, parentesco, amistad, solidaridad, y también miedo, originan códigos no escritos de actuación: a dónde no ir, de qué no hay que hablar, cómo convenir y cuándo mirar hacia otra parte.

Estos códigos mantienen funcionando la vida cotidiana en la ciudad a pesar de la violencia, pero en ocasiones se ven trastocados. Particularmente dos jueves son recordados en la historia reciente de Culiacán como momentos en los que, por algunas horas o incluso días, el crimen organizado rompió con el orden establecido, y tolerado (más no normalizado), atemorizando a la población en el espacio público e incrementando repentinamente el nivel de la ya conocida y aceptada inseguridad.

El primer jueves negro

El primer jueves, el de mayo del 2008, la ciudad escuchó el estallido de una basuca y 500 disparos del arma AK47 que le quitaron la vida a Édgar Guzmán López, hijo de Joaquín "Chapo" Guzmán, en el estacionamiento de un centro comercial en uno de los sectores más concurridos. Ese jueves negro permanece en la memoria colectiva porque los *culichis* tuvimos que refugiarnos en nuestras casas por las constantes amenazas en redes sociales y el rumor de que había iniciado una guerra que tendría como escenario diferentes espacios públicos.

Ese fin de semana se estuvieron compartiendo mensajes y grabaciones a través de los medios electrónicos donde sujetos no identificados advertían a la población que no salieran de sus casas porque detonarían bombas en calles y centros comerciales. En una crónica para el diario nacional *La Jornada* el periodista Javier Valdéz narró los hechos:

“Calles cerradas, helicópteros volando, militares y policías por todos lados, en cada esquina. Ahora nadie pita a otro, menos una *mentada*. Hay mucho miedo. En todos los semáforos la gente voltea a ver de reojo al otro conductor. Si es una *troca*, no avanza hasta que ésta se va.”

La ciudad enmudeció para dejar paso al ruido de las balas y de los mensajes de alerta que no paraban. Los comerciantes cerraron sus negocios, aún en el festejo del día de las madres, que en México es el 10 de mayo, y las plazas quedaron vacías.

La guerra entre dos bandos, los Beltrán Leyva, por un lado, y los Zambada y Guzmán, por otro, pero sobre todo las amenazas en contra de la población, generaron un clima de incertidumbre en la ciudad, y el operativo militar Culiacán – Navolato fue la subsecuente respuesta punitiva que acrecentó la violencia. Sinaloa presencié enfrentamientos entre los dos grupos y también con las fuerzas del orden.

En Culiacán se encuentran aún muchas heridas y marcas del primer jueves negro en el que el terror y las amenazas en contra de los civiles no involucrados trastocó el orden social de la violencia crónica, ese de los acuerdos no escritos y de la inseguridad tolerable. Una de estas marcas sobre la ciudad, como evocación de lo que pasó en esos días, está en el cenotafio de casi dos metros que la familia Guzmán construyó en el estacionamiento del centro comercial, que además se aprecia desde la avenida porque frecuentemente lo adornan de manera ostentosa para llamar la atención de quienes pasan por ahí.

Los más jóvenes en la ciudad identifican el cenotafio de Edgard Guzmán como *el monumento al Chapito*; así lo registraron en el videojuego con el que buscaban pokemones con el celular en espacios reales. “Mira, mamá, un Pikachú en el *monumento al chapito*” me dice mi hijo, aunque el día del asesinato y las amenazas apenas se encontraba en mi vientre.

El segundo jueves negro

El segundo jueves negro, el más reciente, aterrizó la ciudad un 17 de octubre. Los *culichis* lo recuerdan como el día del 2019 en el que, los que “andan mal” (jóvenes involucrados en el narcotráfico, y admiradores) salieron a causar terror: establecieron puestos de seguridad en un perímetro que rodeaba a la ciudad, detonaron armas y granadas para asustar a los espectadores y amenazar o atentar contra la policía y las fuerzas armadas. Quienes estaban en los espacios públicos corrieron a refugiarse a las oficinas y establecimientos comerciales para no ser víctimas del fuego cruzado, y ahí permanecieron toda la tarde, algunos incluso toda la noche.

En cuestión de un par de horas las calles se quedaron casi vacías. Algunos se asomaron por las ventanas y azoteas para grabar con sus celulares la barbarie y dar cuenta de cómo los armados se apropiaron de la calle. El derecho a la ciudad se había cancelado para todos menos para ellos, ahora se les veía disparar al ritmo de narcocorridos, gritar, conducir a toda velocidad, y, más tarde, cuando se supo que habían liberado a Ovidio Guzmán, se les vio festejando, incendiando autos, tirando al aire botellas vacías y jugando *arrancones* (carreras de coches) en total caos.

Durante esas horas en las que se tomó de improviso y con violencia el espacio urbano se negaron los códigos no escritos. Los acuerdos entendidos habían sido desafiados, y quienes transitaban por las calles, u observaban tras las ventanas, presenciaban con asombro el secuestro de la ciudad. El miedo habitual se tornaba ahora en incertidumbre, y la información que se obtenía de los medios de comunicación era escasa comparada con la que circulaba a través de las redes sociales: audios con advertencias, mensajes con supuestas explicaciones detalladas sobre la detención de dos hijos de *El Chapo*, fotos explícitas de las víctimas de los enfrentamientos, y también imágenes de guerra (aunque algunas no correspondían al lugar y al momento).

El Secretario de Seguridad Pública del Estado de Sinaloa dijo en reunión con activistas y medios de comunicación que ese día “los sinaloenses conocieron la verdadera cara del narcotráfico”. Desde mi opinión, los sinaloenses conocen las distintas caras del narcotráfico en el estado. Lo que no reconocían, y por eso el asombro, fue la traición a un orden acordado tácitamente que ha permitido la convivencia de los distintos actores sociales en el mismo espacio urbano. Quienes atemorizaban en las calles, citando a Arendt, no eran monstruos desconocidos sino “hombres eficientes en las tareas que les encomendaban”^{vi}.

De acuerdo con testimonios y entrevistas que elaboraron amigos periodistas, una parte de esos jóvenes que vimos en los videos que se difundieron en redes sociales fueron reclutados y armados esa misma tarde. Así, *los chapitos* demostraron que su estructura operativa se puede extender, en dado momento, hasta integrar a simpatizantes que no forman parte regular de los grupos de narcotráfico, pero que al parecer pueden ser muchos.

Al día siguiente en conferencia de prensa con el Gabinete de Seguridad en Sinaloa, el Secretario de Seguridad Pública nacional Alfonso Durazo reconoció que no previeron el escenario que resultaría ante la estrategia mal planeada para detener a Ovidio Guzmán. Desde el centro del país no lo previeron, aún con los antecedentes: la emboscada en contra de militares en el 2019 en el mismo Culiacán, y la violencia

que siguió al asesinato de Edgar Guzmán en la guerra entre dos bandos en el 2008. Olvidaron o, peor aún, ignoraron, que el orden social en ciudades como Culiacán, donde los actores del narcotráfico establecen redes de coacción y complicidad se encuentra en gran parte condicionado por quienes tienen el dominio de la fuerza.

Aunque el presidente mexicano frente a los medios de comunicación ha llamado a redireccionar la política bilateral de contención al narcotráfico, buscando que los Estados Unidos reconozca además su participación como el principal consumidor de drogas y proveedor de armas, las estrategias de seguridad en la práctica, más allá del discurso, siguen enfocadas en capturar a las cabezas de una medusa gigantesca de la cual cada tanto emergen decenas de testas nuevas. A un año del segundo jueves negro, la política de “abrazos no balazos” continúa en sus contradicciones, falta de claridad, instrumentos confusos y recursos escasos. No hay diagnósticos específicos, o al menos no se conocen, y la Guardia Nacional ha tenido pobres resultados.

En Culiacán se ha reducido la tasa de homicidios, pero han crecido las denuncias por desapariciones forzadas. Después del difícil evento, de la traición al orden establecido, se redefinieron los códigos de la violencia, y aunque creció la percepción de la inseguridad los habitantes de la ciudad regresaron a sus rutinas. Quienes se consideran *los buenos* regresaron a convivir con la violencia conocida, la de jóvenes que son desaparecidos y asesinados pero que no están disparando a diestra y siniestra en las esquinas. La violencia crónica y tolerada está de vuelta, aunque con una constante: el temor de que, en cualquier otro momento, se puede de nuevo romper ese orden.

ⁱⁱⁱ Padilla, I, y Botello, N. A. (2019). Códigos de la violencia en espacios económicos en Culiacán, Sinaloa, México. *Papers: revista de sociología*, 104(1), 25-45.

ⁱⁱⁱ Datos de homicidios para cada mes en el 2020, Semáforo Delictivo Sinaloa con datos de la Fiscalía de Sinaloa.

^v Valdez Cárdenas Javier y Gustavo Castillo. (14 de mayo de 2008). “El ejército ocupa Culiacán y Navolato, en un intento por abatir ola de violencia”. *La Jornada*, Sección Política. En línea: <https://www.jornada.com.mx/2008/05/14/index.php?section=politica&article=012n1pol>

^{vi} Arendt, H., y Kroh, J. (1964). *Eichmann in Jerusalem*. New York: Viking.



Photo/Héctor Parra

LOS CONTEXTOS DEL 17 DE OCTUBRE DE 2019 Y LA ERRÓNEA POLÍTICA DE ESTADO CONTRA EL CRIMEN ORGANIZADO

Juan Carlos Ayala Barrón

Los hechos del 17 de octubre de 2019 que sacudieron la ciudad de Culiacán fueron, tal vez, el marco más indeleble durante un año en que la violencia parecía arrollar al gobierno. Pero más allá de cambiar la percepción de la ciudadanía con respecto a la seguridad nacional y el crimen organizado, se reafirmó en ella lo que desde décadas atrás ha estado en el ánimo cotidiano: la fortaleza de los grupos delincuenciales, la complicidad de las autoridades locales, la corrupción existente entre ambos, el solapamiento civil y el arraigo social de los grupos criminales del narcotráfico y la configuración de una cultura alrededor del narcotráfico que ahora llaman narcocultura.

Sin embargo, los sucesos de ese día no fueron hechos aislados, se dan en un contexto histórico, social, cultural y económico que desde hace décadas se ha venido construyendo en esta región.

A partir de los años cuarenta proliferó el cultivo de enervantes como la amapola y la mariguana, una actividad que se generalizó en gran parte del territorio sinaloense. Alrededor de ella se construyeron relaciones de identidad cerradas, principalmente núcleos familiares y comunitarios, pues la ilegalidad de la actividad misma así lo requería.

Fue en los años setentas que el tráfico de enervantes se ramificó en la mayor parte del Estado trayendo consigo la forja de ciertos constructos culturales afianzados alrededor de grupos dedicados a estas labores, es decir, se empezó a configurar un núcleo de identidad muy específico que se mostró en diversos campos de la cultura sinaloense, como en la música, los modos de ser, la arquitectura domiciliaria y la funeraria, y una suerte de fe religiosa específica, pues se adoptó desde los años setentas a la figura de Malverde ("bandido generoso" de principios del S. XX) como santo de los narcotraficantes.

Enormes casas atípicas de narcotraficantes, diferenciadas del resto de la población por su magnanimidad; un panteón con tumbas a manera de grandiosos mausoleos con cocineta, baños, recámaras y salas refrigeradas, equipadas con sistema de video vigilancia en el panteón Jardines del Humaya, al sur de la ciudad.

Surgieron cantantes y grupos musicales que dedicaron sus letras y su música a las hazañas y muertes de figuras reconocidas del narcotráfico sinaloense. Desde Chalino Sánchez, Los Tigres del Norte, Los Tucanes de Tijuana, y últimamente Movimiento Alterado que agrupa a una treintena de ellos sólo para cantar al Cartel de Sinaloa, son ejemplo de lo que decimos.

Lo que sucedía en el mundillo criminal se reproducía también entre los jóvenes culiacanenses, pues muchos de ellos compartieron los gustos, las modas, los lujos, los estilos de vida aún sin dedicarse al narcotráfico; muchos también hacían alarde de violencia al estilo narco.

En consecuencia, se desarrolló una forma de cultura ligada al narcotráfico muy arraigada entre los jóvenes que permeó en todas las esferas sociales en nuestro Estado.

Por si fuera poco, desde hace tiempo se observa un encono hacia las fuerzas federales, pues durante décadas el ejército ha hecho incursiones en las comunidades y en ellas ha perpetrado un sin fin de violaciones, despojos, detenciones y ejecuciones que han quedado en la memoria colectiva como una institución violatoria de los derechos humanos.

Para explicar un poco este desencanto con las fuerzas de seguridad nacional debemos recordar que las actividades del ejército contra el narcotráfico, durante la década de los setentas y posteriormente, fueron brutales en términos de daños físicos a los habitantes de las comunidades rurales de Sinaloa provocando un desencanto en éstas cuyos miembros mantenían lazos no sólo de amistad, sino de parentesco. Se convirtieron en comunidades a la defensiva, pero aún así siguieron conservando su apertura y su franqueza aunque muchas de ellas modificaron formas y mecanismos encaminados a la producción y tráfico de estupefacientes con prácticas disruptivas más discretas. De esta manera el descrédito hacia el Estado como institución normativa avanzó proporcionalmente en relación a un fortalecimiento de los grupos delincuenciales de la entidad. Esta actividad de la economía informal, como toda fuente de trabajo, generó una derrama económica importante y una amplia red de complicidades familiares y comunitarias que afianzaron los lazos sociales y culturales de la población.

Con este contexto, no es difícil entender el júbilo, ese 17 de octubre, con que se admiraba la actitud de los gatilleros que defendían a Ovidio Guzmán. Aunque el pánico se apoderó por algunas horas de los culiacanenses, las redes acumularon una infinidad de críticas al gobierno federal, en la mentalidad de la gente se apostó la idea de un operativo mal planeado, con deficiente personal militar para una incursión de esta naturaleza, pues se trataba de uno de los líderes del Cártel de Sinaloa, poderoso aún.

El operativo provocó la reacción inmediata de cientos de jóvenes sicarios identificados con esta agrupación. Oficialmente se habló de ochocientos, en realidad fueron muchos más. Evidencias subidas al momento de los hechos mostraban un número no estimado de otros jóvenes más que esperaban la orden para trasladarse desde el norte o sur del Estado al lugar de los acontecimientos o para bloquear carreteras o accesos, inclusive el aeropuerto en caso de ser necesario.

Para mucha gente la batalla se había ganado, literalmente, pues llegaron a ver este operativo como un enfrentamiento entre el ejército y “nuestra gente” la del cártel de Sinaloa. En efecto, los jóvenes inmiscuidos eran vecinos de colonias periféricas de la ciudad y de pueblos aledaños cuyas familias representaban un lazo comunitario compartido por muchos de nosotros.

No es casual entonces que, por su parte, los jóvenes dedicados al sicariato hayan visto los sucesos del 17 de octubre como el gran golpe asestado al sistema que tanto los había incriminado al grado de tener en prisión perpetua a su máximo líder, Joaquín “El Chapo” Guzmán. La frase intimidatoria al sistema se difundió en cuestión

de minutos, “va arder Sinaloa, va arder Sonora y varios Estados si no lo sueltan”. Un desafío con resultados inmediatos: en cuatro horas habían logrado liberar al detenido; el descrédito de la institución militar y del gobierno federal no se hizo esperar.

Estos sucesos precisan varias aristas.

Primero. Mostró el contexto en que se ha movido durante años la actividad del narcotráfico: una narcocultura que nutre el júbilo y la complicidad de parte importante de la sociedad sinaloense con el tráfico de drogas y sus acciones. Esto muestra también lo que para muchos sinaloenses es una obviedad. Si existe este fenómeno de manera muy arraigada se debe a que el narcotraficante forma parte de la vida cotidiana de nuestras comunidades, llega a ser el gran benefactor y protector de mucha gente, haciendo llegar recursos y beneficios a donde el gobierno debiera llevarlos; esto es importante, pues hay que decir que, casi en su totalidad, los jóvenes sicarios son de procedencia local, sinaloense, lo que permite hablar de una cercanía familiar, amistosa y comunitaria entre ellos y la población. En muchas ocasiones se le protege y se le esconde de cualquier persecución. No hay una denuncia sobre ellos por dos principales razones: porque es un conocido o simplemente porque se sabe parte de la comunidad a la que brinda ayuda.

Se estima que más de 150 mil sinaloenses tienen alguna relación directa con el narcotráfico y con los narcotraficantes, por lo que podemos pensar las dimensiones del espectro moral en que el fenómeno se desarrolla y cómo, a partir de ahí también estructura su propia identidad cuyas características y significaciones deja una impronta en el ser colectivo de los sinaloense.

Segundo. Los líderes del narcotráfico en Sinaloa se asumen como el gran poder alterno en Sinaloa con una estrategia de dominio, expansión y consolidación en casi todo el territorio de la entidad con vigilantes, distribuidores de droga, laboratorios, sembradíos, control de cárceles y comunidades donde no existe prácticamente un poder militar que los contrarreste.

Tercero. Una capacidad operativa de despliegue armado del cártel de Sinaloa y el uso de las redes de frecuencia para difundir en instantes las estrategias de defensa y ataque entre sus miembros.

Cuarto. La respuesta armada del cártel de Sinaloa ante el operativo del 17 de octubre representó una advertencia extra al mostrar la capacidad de respuesta contra cualquier incursión en la entidad, sea de las fuerzas militares o de algún otro cártel en el país. La demostración del poder armado, dada ese día por la organización

criminal de Sinaloa ante el ejército, serviría para que cualquier grupo criminal externo sepa a qué enfrentarse en caso de pretender controlar este territorio.

Quinto. Se mostró la capacidad y la eficacia de los medios virtuales al difundir material videograbado y fotográfico, así como mensajes y audios exhibidos en las redes que circularon de manera inmediata, en vivo, mostrando su poder como vehículo de información de alto impacto social.

Tras este entramado de implicaciones y complicaciones de un acontecimiento que un día conmovió al país, destacan por sí mismas las motivaciones culturales y éticas del mismo. **No puede haber una estrategia efectiva cuando una esfera importante de la población nutre gran parte de sus necesidades del recurso ilícito, cuando las empresas de diversos ramos obtienen grandes ingresos y, en ocasiones, sobreviven de esto, cuando hay simulación de las acciones de la esfera pública hacia los transgresores.**

La alarmante ola de ejecuciones relacionadas con el crimen organizado durante décadas, es muestra de una pérdida del sentido ético de la vida en muchos sinaloenses pero también de una desestructuración de la esfera pública fundada en una historia de desencantos sociales, de una corrupción añeja y, sobre todo, de una pobreza extrema recurrente que funciona como caldo de cultivo para la transgresión.

El narcotráfico ha creado sus propios dispositivos para penetrar en distintos ámbitos de la vida sinaloense, logrando adeptos, incorporándose a la economía regular a través del lavado de dinero, propiciando mecanismos de identidad y creando a la vez sus propios signos distintivos de identidad, incorporados luego a la cultura tradicional y legítima a la que *permea*. Estamos padeciendo el riesgo de nuestra cultura al no poder delimitar con claridad los linderos identitarios en el imaginario colectivo a los que se suman los del narcotráfico.



EL 17 DE OCTUBRE COMO EVIDENCIA DE MEDIDA

Cecilia Farfán-Méndez

Después de la extradición de Joaquín “El Chapo” Guzmán, muchos comenzaron a lanzar especulaciones sobre el debilitamiento del grupo delictivo de Sinaloa y su posible desaparición, como si todas las vicisitudes de la operación delictiva dependieran únicamente del destino de un solo hombre. Para algunos, su extradición y posterior juicio penal marcaron el final de una era, representando el ocaso de lo que se había considerado el cártel más poderoso de México. Otros opinaron que representaba el inicio de otra ola de violencia que ocuparía el vacío del poder, ante la ausencia de Guzmán.

Quizás la mayor prueba que podría refutar estas conjeturas consista en los sucesos del 17 de octubre de 2019. El grupo delictivo efectivamente evitó la detención de Ovidio Guzmán y su posible extracción de territorio sinaloense; al lograrlo, reactivaron el debate sobre el poder que aún tenía dicho grupo delictivo, el cual muchos ya habían dado por muerto. Sin embargo, un diálogo sobre el significado de

este operativo de alto calibre no puede enfocarse únicamente en cuestiones de potencia de fuego. No podemos permitir que la imagen de una metralleta M2 montada sobre una camioneta oculte otro hecho: dicho operativo desplegó a fuerzas que evidencian la existencia de lealtades y lazos duraderos. Estas fuerzas se movilizaron en un contexto donde muchos perciben a los actores del Estado, y no a los presuntos delincuentes, como los culpables de perpetrar la violencia. Para algunos culiacanenses (como nos menciona Juan Carlos Ayala en esta antología), triunfaron “los buenos” en aquel día.

Paradójicamente, el despliegue también subrayó la necesidad de estudiar el uso estratégico de violencia, de parte de los grupos delictivos. Al mostrar el grado de fuerza que desplegaron el 17 de octubre, la organización de Sinaloa recordó a los *no sinaloenses* que poseen una gran capacidad de potencia de fuego, y –de mayor importancia– que optan por aplicarla de forma reservada. Tras los sucesos de aquel día, ya no quedaba duda: si bien es cierto que el grupo tiene la capacidad material de causarle daños severos a la población general, opta por ejercer la violencia de manera reservada. Para poder examinar los motivos detrás de tal conducta, habrá que hacer una aclaración conceptual. Al hablar de la organización de Sinaloa, no me refiero a un grupo que existe bajo la autoridad de un solo capo, ni presumo que existe un solo jefe. Además, no pretendo insinuar que la organización es monolítica, ni que sus integrantes siempre actúan a favor de los intereses del grupo. Sin embargo, mi análisis de la organización delictiva de Sinaloa incluye a los altos niveles del grupo, y supone que los incentivos que existen para estos dirigentes no necesariamente están al alcance de los miembros de bajo rango. La actividad delictiva, pues, y la violencia que ésta conlleva, resultan difíciles de categorizar.

El mito de la diversificación delictiva obligatoria

Según la forma en que los medios de comunicación representan a los criminales, se propaga el mito de que todas las formas de actividad delictiva son compatibles entre sí y que todos los grupos delictivos querrán diversificar sus operaciones. Esta creencia ha prevalecido de manera particular en México, en cuyo caso se invoca a los cambios en el mercado de las drogas de los EEUU para explicar la diversificación de actividades delictivas. Se alega que la reducción en la demanda de cocaína en los EEUU fue la *causa* de que los narcos se convirtieron en extorsionistas y secuestradores, al pelear entre sí por quedarse con las utilidades cada vez más limitadas. El discurso “oficial” pretendió explicar la conducta tanto de los grupos de trayecto largo –como el de Sinaloa– y también de organizaciones más nuevas, como los Zetas.

El problema de esta explicación, la cual pretende establecer el mecanismo de causa y efecto, es que supone que les interesa a los grupos delictivos participar en cualquier

forma de actividad delictiva —y que pueden hacerlo de manera exitosa— por el simple hecho de ser delincuentes. Las actividades de extorsión y secuestro requieren exhibiciones públicas de violencia para que la amenaza resulte creíble: o pagas la “protección” o te atienes a las consecuencias. Estas no son acciones que se perpetran contra otros delincuentes, sino contra la población general. En contraste, para participar en el tráfico internacional de drogas, se necesita interactuar con otros delincuentes, y la discreción es de suma importancia. La violencia se puede ejercer, pero no es necesario que se haga de manera pública. Las amenazas creíbles no se dirigen a la población general, sino a aquellos que han incumplido sus acuerdos.

El uso selectivo de la violencia no representa un acto de altruismo, sino el resultado de un modelo de negocios que se enfoca principalmente en el narcotráfico. Esto no significa que los grupos delictivos que participan en el narcotráfico jamás realizan otras actividades delictivas que implican la victimización de no delincuentes —más aún, si tomamos en cuenta que los grupos delictivos no son monolíticos, y sus integrantes podrán ser desobedientes—. Aún así, si suponemos que todas las actividades delictivas son compatibles entre sí, y que todos los grupos criminales pueden y desean diversificar sus operaciones, esta suposición nos impedirá comprender la cuestión de cuándo se ejerce la violencia y contra quién. Es especialmente importante esta cuestión, pues, como lo señala Le Cour Grandmaison, los grupos delictivos no evolucionan como formas de oposición formal al Estado, y “logran consolidarse como el espacio político central a pesar, a través y en contra de la violencia”.

La toma sigilosa de la ciudad del 25 de enero

No procede afirmar, con base en el 17 de octubre, que la organización de Sinaloa necesita ejercer la violencia para controlar un espacio público. A tres meses del suceso, otra descendiente de Joaquín Guzmán tomó el control del centro de la ciudad: su hija Alejandrina Gisselle. En esta ocasión, no hubo fusiles de asalto. Su boda en la catedral de la ciudad incluía fotografías de los novios, algunos videos del evento circularon en las redes sociales y salieron artículos al respecto en los principales periódicos nacionales e internacionales. Lo que despertó aún más interés en la boda fue la noticia de que el novio era familiar de un conocido lavador de dinero de la organización de Sinaloa.

La boda se llevó a cabo a unos pocos meses del Jueves Negro, y sirve como buen recordatorio de la forma en que operan los altos integrantes de la organización de Sinaloa en su estado natal. En muchos sentidos, el 17 de octubre fue la anomalía, mientras que el 25 de enero representa la regla. Cerraron las calles del centro; la Iglesia Católica confirmó que se realizó una boda en la Catedral pero se negó a entrar

en detalles; las fotografías y videos que salieron en las redes sociales no fueron obra de los *paparazzi*, sino imágenes que compartieron los mismos anfitriones; y los invitados –incluyendo a Ovidio– entraron y salieron sin ser molestados.

Los espectadores entendieron que no había que interrumpir el evento, aunque desconocían la identidad de los novios en un principio. El cierre de las calles transmitió el mensaje necesario. En esta ocasión, la ocupación del espacio público no implicaba el uso de armas automáticas, sino un conjunto de entendimientos mutuos, además de la percepción de que la violencia no se usa de manera indiscriminada, sino como una de varias herramientas que se emplean para consolidar el poder.

Los datos que mantiene la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública anual (ENVIPE) parecen sostener esta interpretación. Según la ENVIPE más reciente, en Sinaloa el 64.6% de la población considera que la vida en su estado es insegura, a comparación con el promedio nacional del 78.9%. Es de mayor trascendencia notar que, mientras que la percepción de inseguridad en el país ha incrementado de manera constante durante la última década (desde que se mantienen datos al respecto), ha bajado en Sinaloa. Los sinaloenses se sienten más seguros en su estado actualmente que en el año 2011^{vii} ^{viii}.

El contraste es mayor aún, si consideramos los datos a nivel de municipio y colonia. El 70 y el 50.6 por ciento de los mexicanos perciben inseguridad en sus municipios y colonias, respectivamente, mientras que apenas el 55.8 y el 29.4 por ciento de los sinaloenses sienten lo mismo. Estas cifras no sugieren que la violencia se ha normalizado, sino que hay una coexistencia compleja con ella, con todos los códigos y estrategias de adaptación que señala Iliana Padilla en su contribución a esta antología.

La importancia de percibir la violencia como un fenómeno estratégico

Los acontecimientos del 17 de octubre resultan reveladores, principalmente por su carácter paradójico: la violencia extrema del Jueves Negro revela la forma medida y selectiva en que se ejerce violencia *pública* normalmente, además de revelar el silencio que existe entorno a otras formas más invisibles. Al examinar el uso estratégico de la violencia de parte de los grupos delictivos, podremos entender con mayor precisión los diferentes tipos de victimización que enfrentan los ciudadanos mexicanos, además de las diversas estrategias que se elaboran para existir en un contexto de violencia crónica. Por otro lado, nos sirve para desmitificar a los grupos delictivos, y nos permite concebir la diversificación delictiva como un proceso que

depende de diversas condiciones, y no como un rumbo que seguirán todos los grupos de manera automática.

Para ello, no es necesario atribuirles un nivel excesivo de racionalidad a los grupos delictivos, ni suponer que cada decisión que realizan representa un análisis de costo-beneficio claro. No obstante, la evidencia anecdótica indica que el grupo de Sinaloa intentó evitar la distribución de un corrido que glorificaba los sucesos del 17 de octubre. Este hecho sugiere que la organización no solamente busca minimizar su capacidad militar, sino que también entiende el pánico que dichos acontecimientos sembraron entre la población, además de las repercusiones que puede implicar semejante publicidad negativa. Por lo menos en este sentido, parece que coincidieron los intereses de los delincuentes y los de las autoridades. Aunque algunos perciban al 17 de octubre como “el día en que triunfó la organización de Sinaloa”, no podremos extrañarnos si descubrimos que dicho grupo prefiere evitar una repetición del suceso.

vii

https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2019/doc/envipe2019_presentacion_nacional.pdf

viii https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2019/doc/envipe2019_sin.pdf



Photo/Héctor Parra

FOTOGRAFÍA Y VIOLENCIA, LA EXPOSICIÓN DE UN SECRETO PÚBLICO

Héctor Parra

En los variados e interconectados contextos de un siglo XXI intrincadamente globalizado y mediatizado, la forma en que se crean, mantienen y rompen los secretos sigue siendo de vital importancia para las ciencias sociales y la opinión pública en general.

El acto fotográfico acompaña el desarrollo de las sociedades desde una modernidad temprana. En sus múltiples aplicaciones ha sido el instrumento por excelencia para registrar las distintas caras del desarrollo humano. Las imágenes dan cuenta de la diversidad cultural o la convivencia cotidiana, del conflicto y de la paz, es una fuente de información en la medida que aporta datos sensibles sobre la actividad humana.

El jueves negro nos tomó por sorpresa a la mayoría. Un jueves cualquiera en la ciudad de Culiacán amaneció con garantía de asombro. La información circula por

varios canales. En los rincones del gobierno federal se sabía que algo estaba por pasar, en las amplias avenidas de nuestra ciudad era un día como tantos. Ya mucho se ha dicho y analizado la secuencia de hechos y la cartografía que siguió el conflicto. En lo simbólico ocurrió un desgarramiento, el rompimiento de la tensión superficial de nuestra apacible calma cotidiana, la que esconde los secretos públicos. Encubiertos en la capacidad de simulación, que hemos adquirido para seguir en calma nuestras actividades. Hay hechos no conocidos, relaciones veladas, secretos que, dentro de un contexto de corrupción institucional, añaden peligro a saber lo que no se debe saber.

El secreto, en las profundidades, adquiere formas simbólicas que construyen el terror para los que se atreven a ese desgarramiento. Los mecanismos de la violencia en estos casos buscan construir el miedo, el miedo a decir la verdad, el miedo a saberla, y conducen a la configuración de un secreto público. Todos podríamos saber quién fue, pero es más valioso saber que no debemos saberlo, es una estrategia de protección ante eventos trágicos.

El jueves negro nuestro secreto quedó expuesto, se desgarró la superficie, el rumor cobro forma objetiva. Por momentos vimos el poder y el tamaño del monstruo que, si bien es un hecho conocido, su dimensión y capacidades son desconocidas para muchos.

La verdad desgarró la realidad al subir a la superficie. Terminó siendo una realidad que camina y se mueve en vehículos motorizados por todos los rincones de la ciudad. El secreto de nuestra fragilidad se debilitó, el monopolio de la violencia no es sólo del Estado, lleva tiempo ya, en manos de otra forma de oposición, secreta, velada.



¿CÓMO CAMBIÓ LA SOCIEDAD DE CULIACÁN DESPUÉS DE 17 DE OCTUBRE? LA HERIDA QUE NO CERRÓ

Josué David Piña y Marcos Vizcarra.

Las paredes ya están resanadas, sobre las calles no restaba más que el polvo, en los restaurantes los comensales listos, el *City Club* lleno y en los noticieros hablan de cualquier otra cosa, menos de que ahí sigue la amenaza, el dolor y la angustia. Es latente.

Los corresponsales de los principales diarios y programas de televisión del mundo vinieron a buscar la exclusiva: ¿por qué liberaron a Ovidio Guzmán López, el hijo de Joaquín Guzmán Loera, 'El Chapo', el narcotraficante mexicano más famoso, del llamado 'Cártel de Sinaloa'?

La mayoría llegó tarde. Para el 19 de octubre, dos días después del evento criminal más impactante en la historia de Sinaloa, eso ya no tenía mayor atención.

-¿Por qué nadie quiere hablar de esto? - se preguntaba Íñigo Herráiz, Periodista de Televisión Española enviado a documentar la historia del llamado "Culiacanazo", dicho así por analistas de seguridad nacional en programas de televisión y radio que radican fuera de Sinaloa.

Frente a sus cámaras posaron una decena de funcionarios, hablándole de estar trabajando para evitar otro ataque similar, dispuestos a reaccionar si era necesario. Mientras sucedía eso, el Gobernador de Sinaloa, Quirino Ordaz Coppel, se reunía con empresarios, políticos, rectores y directores de universidades, organizaciones de la sociedad civil y dueños de medios de comunicación con un solo objetivo, tratar de cambiar la conversación sobre Sinaloa.

Lo logró.

"Después de ese día dijimos 'ah, cabrón, quiénes son los buenos y quiénes son los malos'", señala el activista Dante Aguilera, "y sí siento que duró 15 días, un mes, quizás un poco más, incluso la gente que sigue este tipo de movimientos siento que se sintieron agredidos, pero olvidamos rápido, por desgracia".

"Fue, incluso, el discurso del gobierno, que habló hasta con medios para tener un tipo de negación colectiva, de decir que ya pasó y que hay que seguir para adelante".

"Empecé a ver un montón de gente muerta"

Cuando se medio calmó eran como las cinco y las personas dueñas del local nos decían que ya nos teníamos que ir, porque si llegaba más gente y nos agarraba la noche iba a ser más complejo.

La gente se quiso salir y caminaron hacia el City Club, pero se dieron cuenta que había un cerco de militares y los mismos militares le empezaron a apuntar a la gente. Les decían, 'por aquí no se pueden ir, regrésense.

Yo nada más escuchaba, porque yo no me quería salir del baño, ahí estaba. Hubo unos que decían que ya se habían querido pasar por el estadio, pero que ahí estaban los otros, los malos.

No nos podíamos ir por un lado ni por el otro.

Los señores ya querían cerrar el negocio, porque ellos a fuerza se querían ir hasta que llegó otra persona y dijo que estaban dejando ir por el estadio, entonces yo le hablo a mi esposo y le digo que eso iba a hacer, no me podía quedar.

Era un gentío caminando, corriendo. Empecé a ver un montón de gente muerta, que acababan de abrir las puertas de sus carros y estaban ahí tirados... gente que sin deberla ni temerla había quedado ahí su vida.

Me sentía como en un videojuego...

- Mitzy, mujer que quedó en medio de disparos entre grupos criminales y militares en el sector Tres Ríos, a dos cuadras de la casa de Ovidio Guzmán López, donde fue detenido.

Las autoridades locales y federales sostienen que ese día hubo 15 personas que murieron por los disparos, entre ellos tres víctimas inocentes en la colonia Tres Ríos, la Zona Cero del 17 de octubre de 2019.

Sin embargo, hay testigos que narran que las personas muertas podían contarse por decenas.

Ese día también ocurrieron robos de vehículos. Según las autoridades fueron más de 50. De esos, al menos 20 fueron incendiados en distintos puntos de la Ciudad para bloquear calles y carreteras.

Hubo destrozos en fachadas de comercios, casas y mobiliario público, pero casi todo quedó reparado en menos de tres días.

El estilo de la nueva generación

En celulares, computadoras y noticieros circularon decenas de videos. Se veía a mujeres rezando, hombres pidiendo a sus hijos tirarse al piso, policías cargando a personas para resguardarlas y hombres armados sobre camionetas con más armas. La demostración de poder, de control del territorio físico y social quedó clara ante una sociedad expectante.

“Yo creo que la sociedad civil y el gobierno local quedaron sumidos en una gran sorpresa ante los eventos que estaban pasando. Nunca nos imaginamos que lo fueran a hacer con esa dosis de terror contra la sociedad”, sostiene Tomás Guevara Martínez, Doctor en Ciencias Sociales y miembro de la Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Sinaloa.

La dosis de realidad abrió un nuevo panorama sobre los grupos criminales en el Estado. Se dejó de considerar al Cártel de Sinaloa como el ente salvador o protector, agrega Guevara Martínez.

“Estoy seguro que la mayoría de los sinaloenses, conocedores de la situación de la Entidad, seguramente pensaban, ‘eso no va a pasar nunca en Sinaloa’ de incendiar y cerrar las salidas y entradas a la ciudad, de balacear casas como sucede ahora en otros estados”, dice.

Lo que sucedió el 17 de octubre de 2019 fue un parteaguas respecto al discurso oficial y el idilio social a razón de la imagen construida por los mismos integrantes del llamado “Cártel de Sinaloa”.

“La relación amorosa que había entre la sociedad civil y el Cártel se resquebrajó, no se rompió, pero se cuarteó fuertemente. Creo que buena parte de la sociedad civil se fue por la vía de que a este grupo ya no lo necesitamos en Sinaloa”, menciona el Sociólogo, pero también llama a ser analítico del contexto actual.

Para el Investigador miembro del Observatorio de la Violencia en Sinaloa, **hay una razón histórica para comprender el comportamiento visto ese día para tratar de liberar al hijo de Joaquín Guzmán Loera.**

Ésta, explica, se debe entender en un cambio generacional, donde los antiguos criminales crearon una imagen de ser seres bondadosos, protectores de su territorio, mientras que los nuevos capos son hijos o nietos a cargo del negocio heredado.

“Ellos crecieron con los lujos”, señala Guevara Martínez y luego se remonta a distintos eventos, como la boda de una de las hijas de Guzmán Loera, cuando apenas habían pasado cuatro meses del evento que paralizó Culiacán.

Para las nupcias se mandó cerrar la Catedral de Culiacán y se armó un operativo de protección privada hasta el salón de fiestas de un fraccionamiento de lujo al oriente de Culiacán, donde asistieron artistas contratados para hacer actuaciones en vivo.

Esos comportamientos fueron la clave para una reflexión de ciudadanos, que primero vieron el horror y luego la ostentación sin remordimientos. Esto pasó, sobre todo, con mujeres y hombres jóvenes.

“La posición del joven cambió, que el joven se reconoció como víctima, se reconoció como una persona vulnerable y se asumía como un objeto de cambio, se asumía como una persona que en cualquier momento podía perder su vida por un

acontecimiento que estaba fuera de su alcance”, señala César Burgos Dávila, Doctor en Psicología Social.

Sin embargo, esa reflexión fue afectada y no por los grupos criminales, sino desde las autoridades.

*“Yo recuerdo mucho que cuando pasó lo del 17 de octubre que a los días siguientes había una insistencia y un discurso político en diferentes niveles de que las cosas ya habían pasado, de que teníamos que volver a la normalidad; incluso decían que, no recuerdo si fue Quirino, que decía que él ya había ido a Costco y **esos hechos violentos ya se les había olvidado** a las personas y que ya Culiacán era muy seguro porque habían llegado no sé cuántos elementos del Ejército y de la Guardia Nacional”, menciona el Investigador de tiempo completo para la UAS.*

“Prácticamente el discurso político era que ya había que olvidar y nos invitaba a que nos convenciéramos de que el estado de Sinaloa era un estado resiliente y ‘echado para adelante”.

Los hombres, mujeres, niñas y personas adultas mayores que estuvieron en medio de toda esa vorágine de violencia quedaron con miedo, nadie se les acercó para acompañarlas, sólo para pedirles que estuvieran *“echadas para adelante”.*

“El problema es que parece que hubiera dos frentes: uno, entre las mismas células delictivas, y el otro, un supuesto combate entre las corporaciones gubernamentales contra ellos. Sin embargo, en el escenario A o en el B, siempre hay población civil que es víctima de esos acontecimientos”, dice Burgos Dávila.

“Muchas se fueron de aquí”

Fue algo sorprendente porque no nos esperábamos los disparos, ya llevamos bastante tiempo acá y nunca había pasado eso. No estábamos preparadas para esto, estábamos solas.

Sí hubo un temor, un miedo para todas. Nos encerramos inmediatamente. Yo me fui a la cocina porque era un lugar más seguro, aunque pasaba por nuestra mente que si qué era lo que sucedía.

Hubo departamentos a los que entraron porque buscaban a militares y nos dio miedo y dispararon a los carros- La familia, los hijos, todos estábamos temerosos.

Eso tardó mucho tiempo... bueno, sentíamos nosotros que tardó como mucho tiempo, como una hora. Cuando ya se calmó todo fui a ver qué pasaba.

Gracias a Dios que no hubo muertes, pero sí un temor, muchas pidieron cambio, se fueron de aquí con el temor en sus corazones de todo lo que estaba sucediendo.

- Candelaria, habitante del complejo habitacional militar 21 de marzo

De acuerdo con el relato de las autoridades federales, los grupos criminales que buscaron la captura de Ovidio Guzmán López realizaron distintas amenazas, entre ellas, las de atacar a las familias de los elementos militares en el complejo habitacional 21 de marzo, en Culiacán.

La advertencia era tal que se mencionó el uso de lanzagranadas y posible incendio con pipas de gasolina alrededor de los edificios de departamentos.

Al menos 80 familias de militares se desplazaron hacia otros centros habitacionales o fuera del Estado por el temor a que vuelva a suceder un acto similar.

¿Olvido o resiliencia?

La única verdad aceptada por todos en el país es la reconocida por Alfonso Durazo, Secretario de Seguridad Pública y Protección Ciudadana en México: **el operativo para capturar a Ovidio Guzmán López fue un acto fallido. No más.**

Los grupos criminales que actuaron para esa liberación conocían el territorio local, una ventaja ante las autoridades que, aferradas a su visión, no supieron cómo actuar, de acuerdo con el Sociólogo y ensayista sinaloense Ronaldo González Valdés.

“Hay como ‘terra incógnita’ o una zona ciega, no para este gobierno federal en particular sino en general para todos los niveles de gobierno, lo local aparece como una dimensión desconocida en la que se transita a tientas o que simplemente es omitida de toda consideración, no solo de la política pública que se traduce como el operativo que se desplegó ese día”, dice y luego presenta un ejemplo:

“También eso se echa de ver en la manera en que trabajan, difunden, muchos medios de comunicación. Por ejemplo, quien viene a Culiacán de la prensa nacional o de otras partes del mundo es un poco esa idea estereotipada y morbosa de ir con Malverde o ir a los panteones”.

Todo eso obedece a una razón, sostiene González Valdés, a que las políticas públicas sobre seguridad pública toman poco en cuenta lo local, sus conflictos sociales, pese

a que a partir de lo local se puede trabajar en la constitución de nuevos tejidos comunitarios.

“Eso que ocurre para cualquier política pública es particularmente importante, y sobre todo, para la seguridad”, dice.

Pero ese tipo de tratos hacia lo local no solo ocurre desde las autoridades. Para González Valdés hay un estereotipo fácil de observar desde quienes no nacieron en Sinaloa, que se basa en la construcción de la violencia y el autoritarismo criminal como actos comunes, reflejado en series de televisión, crónicas periodísticas y novelas de autores que encontraron en esto un negocio redituable.

La violencia vivida el 17 de octubre de 2019, aunque fue inédita en su presentación desde la organización criminal “Cártel de Sinaloa” hacia los sinaloenses, tiene un contexto histórico poco analizado fuera de la academia, que ahora tiene también otro matiz a analizar.

“Creo que la sociedad culiacanense, culichi, cambió pero el cambio no puede ser tan drástico por un evento de ese tipo”, afirma.

El Sociólogo establece que en términos de la psicología social se puede medir en tres momentos ese cambio.

El primero es el trauma inmediato, pero del que sobrepuso un grupo de actores sociales, quienes expresaron una necesidad de cambio.

“Hubo una reacción inmediata interesante, constructiva, que tiene que ver con una resiliencia que los culiacanenses desconocíamos acerca de nuestra propia personalidad colectiva”, recuerda González Valdés para referirse al colectivo denominado ‘Culiacán Valiente’.

“La gran marcha que se convocó poco después para mostrar su decisión de seguir adelante, de mostrar su inconformidad que también tuvo que ver con una decisión pública que se tomó y que se tradujo en ese operativo que nos puso en riesgo”.

En un segundo momento, prosigue el ensayista sinaloense, está la afectación de la psique colectiva, traducida en reacciones que todos hemos vivido o experimentado. *“Por ejemplo, yo recuerdo que en diciembre nos estábamos disponiendo a iniciar la segunda sesión de un seminario y después de regresar de mi trabajo, me topo con que las calles estaban vacías; entonces empiezo a revisar las redes sociales y veo mensajes de supuestos enfrentamientos entre dos grupos. Las escuelas fueron las*

primeras en vaciarse ese día. Fíjate, estamos hablando de más de un mes del 17 de octubre y eso se seguía representando”, señala.

Ese evento que refiere ocurrió el 3 de diciembre de 2019, apenas un mes y medio después de la captura y liberación de Guzmán López.

En redes sociales se distribuyeron videos y audios narrando una amenaza similar a la del 17 de octubre. De inmediato causó horror, de tal forma que se suspendieron trabajos y clases en la Universidad Autónoma de Sinaloa.

El caos volvía y las policías marchaban en caravanas de camionetas hacia la zona norte de la ciudad, donde se advertía de una movilización de hombres armados sobre camionetas.

Más tarde la Secretaría de Seguridad Pública catalogó eso como una denuncia en falso, pero suficiente para mostrar la psicosis colectiva.

“Habla de una situación de psicosis que queda ahí cristalizada, como un caracol en la personalidad interna de cada uno de nosotros a partir de esa experiencia tan traumática” asegura.

La tercera reacción social analizada por el sociólogo se basa en el discurso oficial.

“El discurso de ‘aquí no ha pasado nada’ desde el día siguiente del acontecimiento. Uno lo entiende perfectamente, pero tampoco desde el ámbito de lo público se puede decir borrón y cuenta nueva. Esas son cosas que sucedieron una vez y si sigue actuándose de la misma manera puede volver a suceder”.

Y es que eso pudo observarse a partir del 18 de octubre, cuando las calles comenzaron a limpiarse, los cuerpos que habían quedado sobre éstas estaban siendo recogidos por las autoridades y las fachadas de casas y negocios en el sector Tres Ríos estaban siendo reparadas.

No pasó mucho tiempo para que la narrativa oficial fuera distinta, en las universidades no fue tema de discusión, lo mismo en la Cámara de Diputados o los medios de comunicación locales. Obedecían, pues, al llamado de hablar bien de Sinaloa, a apostar por la negación y tratar de olvidar el dolor de esa herida que no cerró.



Photo/Héctor Parra

PRECEDENTE, RUPTURA Y MEMORIA EN EL MARCO DE LA VIOLENCIA EN MÉXICO

Michael Lettieri

El 18 de octubre, los vecinos de Culiacán salieron cautelosamente del resguardo de sus hogares y negocios. Al hacerlo, le hicieron frente a la memoria de la violencia, pero también a la cuestión de lo que los acontecimientos significaron. A los nueve días, realizaron una marcha por la paz, la cual desfiló por una de las avenidas principales de la ciudad hasta convertirse en una manifestación en un parque céntrico. Se trataba de una expresión de resistencia, un rechazo a la caracterización tan frecuente de la ciudad como un lugar de delincuencia irremediable. Sin embargo, tanto la marcha como la violencia misma dejaron muchas cuestiones sin resolver. ¿Qué significaba ser sobreviviente, no solamente del *Jueves Negro* sino del miedo constante que se vive en la ciudad?

Una buena parte del presente expediente se ha enfocado en una sola cuestión: ¿Acaso el 17 de octubre representa un nuevo precedente, como afirmaron tantos analistas en su momento? Y de ser así, ¿en qué consiste dicho precedente? Es una cuestión de interpretación fundamental. De tantos sucesos en la guerra contra el narco en México que supuestamente “establecen un precedente”, muchos tienen características que son, con frecuencia, impredecibles e incluso imperceptibles. No nos propusimos la tarea de reexaminar los sucesos del 17 de octubre con el fin de identificar a aquel Jueves Negro como un indicador definitivo de un deterioro en la situación de seguridad, sino que nuestra intención es sugerir una examinación más allá de la superficie, más allá de los ligeros efectos inmediatos, para poder entender lo que sucedió. En muchos sentidos, los acontecimientos siguen siendo incomprensibles. El significado de aquel día aún persiste en la incertidumbre, tanto para aquellos que lo vivieron como para los que pretenden analizarlo desde lejos. No obstante, dos conclusiones quedan muy claras. Primero, el día no representa un parteaguas nacional en materia de seguridad, cosa que tantos auguraron durante los días posteriores al suceso. Segundo, para aquellos que lo vivieron, el sentido que cobran los acontecimientos todavía representa un trauma complejo.

Desde hace más de una década, nuestro discurso sobre la crisis ha seguido la lógica de las noticias sensacionalistas, las cuales pretenden, a cada rato, encontrar algún nuevo paradigma, una dinámica más aterradora y amenazante que las anteriores. Consideran que, cuando hay que reavivar las noticias repetidas y aburridas sobre la inseguridad y la violencia, lo mejor es publicar una nota sobre los primeros degollados, sobre la fosa común más grande, el decomiso de droga más grande o el peor error que ha cometido el gobierno. A menudo el aniversario de estos acontecimientos pronto se olvida, la idea del “precedente” solamente sirve para el momento preciso, y rara vez resulta útil para la retrospectiva.

Pocos sucesos se perciben como significativos a un año de suceder. La conmemoración anual de los desaparecidos de Ayotzinapa, lejos de representar una tendencia, es la excepción, el suceso poco común que aún mantiene su relevancia a lo largo de los años de violencia. Sin embargo, el mismo caso de Ayotzinapa tampoco fue inédito: a los sucesos del 26 de septiembre los antecedieron otros casos de desaparecidos en masa en San Fernando —los cuales quedaron, entre la mayoría, en el olvido— incluyendo la masacre notable de 72 migrantes en 2010 y la brutalidad paulatina de 2011, cuando desaparecieron a más de 300 personas. Otras olas menores de desapariciones también habían azotado a Guerrero, Baja California y otras zonas.

Tal vez lo que le confiere a un suceso una importancia casi histórica no sea un cambio catastrófico o duradero en la dinámica de la seguridad, sino la misma rabia:

la rabia que provocan la corrupción y malicia de las autoridades, la rabia que provocan la impunidad y la indiferencia. En este sentido, el 17 de octubre podría carecer de las características necesarias. Si bien no cabe duda de que el operativo inicial fue mal planeado —y posiblemente carecía de legalidad— cabe reconocer que el gobierno no se empeñó en persistir en sus errores, y así evitó una matanza, decisión que muchos culiacanenses agradecieron de manera pública.

Esto no significa que debemos hacer caso omiso de aquellos grandes sucesos o acontecimientos que podrían carecer de un sentido trascendental a largo plazo; sin embargo, sí podemos reducir nuestra tendencia hacia el análisis sobreextendido, optando por prestarle más atención a la experiencia inmediata de la gente que los vivió. Dicha perspectiva conlleva grandes implicaciones con respecto a la forma en que narramos la guerra contra el narco, además de la forma en que interpretamos el impacto de la violencia.

Dicha postura nos permitirá percibir aspectos que, aunque no sorprendan, sí revelarán verdades que no son aparentes. Al conversar con los mexicanos a lo largo de la República, uno pronto descubre que los sucesos con un sentido duradero no siempre son los mismos a los cuales los fuereños han atribuido trascendencia. En Culiacán, por ejemplo, en las conversaciones sobre la violencia que se vive en la ciudad actualmente, un punto de referencia sale una y otra vez: “Cuando mataron a Javier”.

El asesinato del periodista Javier Valdéz en mayo de 2017 fue —por lo menos dentro de ciertos círculos sociales— un momento de ruptura, algo más profundo que cualquier enfrentamiento que podría darse entre delincuentes y agentes de seguridad. Más que el asesinato de un periodista destacado a nivel internacional, para muchos representó también la muerte de un amigo, mentor y confidente. Aquí no se pretende afirmar que el asesinato de Javier representó un parteaguas de manera más trascendental que el 17 de octubre, sino que la violencia de la guerra contra el narco se ha grabado en miles de diferentes calendarios de luto. Se trata de diversos calendarios individuales y también colectivos, cuyos ciclos rituales giran entorno a muchos sucesos que no se publicaron en los medios de comunicación.

Para los familiares de los desaparecidos, el momento de violencia inédita no llegó en medio de una ráfaga, sino el día en que su ser querido desapareció. Lo que marca el tiempo, para ellos, no es un momento de arresto, cateo o explosión, sino algo mucho más personal, más doloroso.

En este sentido, todo intento de calcular o describir la violencia en México se queda corto. Al cuantificar a los muertos y desaparecidos, le atribuimos una finalidad cruel a los sucesos; más no podemos sumar todos los cumpleaños que nunca se festejaron, las sillas desocupadas en las comidas, los aniversarios que nunca se conmemoraron.

Para poder reexaminar los sucesos, para entender su verdadero impacto, tenemos que escuchar las historias de sus víctimas. Tres personas murieron aquel día en el fuego cruzado, y se supone que once más murieron en el combate. Para los amigos y familiares de esas 14 personas, aquel día de octubre representa el momento en el que toda su vida cambió de manera irreversible. Para muchos más, el terror y las memorias de aquel día persisten. La misma ciudad de Culiacán también se convirtió en víctima.

Los testimonios que se recopilan en *Revista Espejo* para el presente proyecto dan cuenta de dicho trauma. Nos hablan de niños que tienen miedo de volver a entrar a un supermercado, de ataques de ansiedad en los semáforos, de conductores cuyos vehículos aún conservan los impactos de las balas. La ciudad sufrió heridas, tanto visibles como invisibles, y el proceso de su sanación tuvo un carácter igualmente dual. Los recuerdos físicos de aquel día se borraron de prisa y las autoridades se aferraron a un discurso de firmeza que pretendía olvidar la violencia. Sin embargo, los vecinos de la ciudad no pueden olvidar el terror que sintieron.

Estos discursos colectivos son altamente informativos, pues nos ayudan a entender por qué incluso a los analistas de seguridad estratégica más astutos les cuesta predecir, explicar o resolver la violencia en México. La incorporación de esta perspectiva en nuestras percepciones nos ayudará a esclarecer la forma en que las poblaciones responden al trauma, al miedo y victimización, independientemente de las intervenciones de política y como una reacción a éstas. No obstante, en el caso de la mayoría de los sucesos, nunca se llega a hacer semejante reflexión.

El precedente pierde todo sentido si no va acompañado de la memoria, y si nunca hacemos una re-examinación de la violencia, jamás podremos aprender de ella. Esta tarea es indispensable, porque la “guerra contra el narco” no tiene dirección fija; tampoco se puede improvisar una narrativa de sus noticias, pues no se trata de una historia lineal, sino cíclica. No se trata del conteo creciente de muertes, sino de las incontables conmemoraciones, los incontables regresos a los momentos de trauma que marcan el paso del tiempo para los individuos y sus comunidades. Es cantarle *Las mañanitas* a los fantasmas.

AUTORES

Dr. Juan Carlos Ayala Barrón

Juan Carlos Ayala Barrón es Profesor de Filosofía en la Universidad Autónoma de Sinaloa. Escribe sobre la cultura del narcotráfico.

Josué David Piña

Josué David Piña es reportero e historiador de Culiacán, Sinaloa. Es egresado del Instituto de Investigaciones José María Luis Mora de la maestría en Historia Contemporánea.

Dr. Cecilia Farfán-Méndez

Cecilia Farfán-Méndez es jefa de investigación en programas de seguridad en el Centro de Estudios México-Estados Unidos en la Universidad de California San Diego y co-fundadora de Mexico Violence Resource Project.

Dra. Patricia Figueroa

Patricia Figueroa es periodista e investigadora, especializada en narcotráfico y corrupción. Es doctora en ciencias sociales por la Universidad Autónoma de Sinaloa y originaria de Culiacán.

Philip Johnson

Philip Johnson es candidato a doctor en CUNY Graduate Center, fellow en el Centro de Estudios México-Estados Unidos y miembro del programa México-Centro América de Noria Research.

Dr. Romain Le Cour Grandmaison

Romain Le Cour Grandmaison es doctor en ciencias políticas de la Universidad de la Sorbona. Cofundador de Noria Research y coordinador del Programa para México y América Central. Es Fellow del Centro de Estudios México-Estados Unidos en la Universidad de California, San Diego.

Dr. Michael Lettieri

Michael Lettieri es Investigador Senior de Derechos Humanos en el Centro de Estudios México-Estados Unidos en la Universidad de California San Diego y co-fundadora de Mexico Violence Resource Project.

Héctor Parra

Héctor Parra es fotoperiodista, antropólogo y maestro en Historia por la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS).

Dra. Iliana del Rocío Padilla Reyes

Iliana del Rocío Padilla Reyes es Doctora en Estudios Regionales. Profesora de Tiempo Completo en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) Campus Juriquilla. Es originaria de Culiacán.

Albaro Sandoval

Albaro Sandoval escritor y reportero sinaloense integrante de Revista ESPEJO. Autor de la novela Lodo en tierra santa (Tierra Adentro), ganadora del Premio Binacional de Novela Joven Frontera de Palabras / Border of words.

Marcos Vizcarra

Marcos Vizcarra es reportero sinaloense especializado en cobertura de derechos humanos. Integrante de Revista Espejo y los proyectos Hasta Encontrarles y A dónde van los desaparecidos.



MEXICO VIOLENCE

RESOURCE PROJECT

WWW.MEXICOVIOLENCE.ORG

TWITTER: @MEXICOVIOLENCE

The Mexico Violence Resource Project provides information, analysis, research, and resources for understanding violence and organized crime in Mexico. This collaborative effort gives policymakers, journalists, and scholars the tools to develop deeper understandings and smarter solutions. It is housed at U.C. San Diego's Center for U.S.-Mexican Studies.